



Te
ayudaré
siempre

de

Corín
Tellado

—Estamos arruinadas —dijo Romy súbitamente, con gran firmeza.

Yo me estremecí, pero aún no me atrevía a mirar a Romy. Oía su voz diferente, firme, escueta, casi ronca.

No preguntaba. De repente se diría que un presentimiento la asaltaba y no quería huir de él.

—Sí, Romy. Así es. Hace mucho tiempo que veníamos tu madre y yo haciendo muchos equilibrios para ocultaros la situación económica. Cuando hace años falleció tu padre, yo le sugerí a tu madre, que en paz descansa, la fórmula para evitar el terrible desenlace. Vender la gran casona añeja, llena de gratos e íntimos recuerdos y esplendores pasados. Alguna tierra, para hacer frente a la situación crítica. Tu madre se negó.



Corín Tellado

Te ayudaré siempre

ePub r1.0

Titivillus 19.02.2020

Título original: *Te ayudaré siempre*
Corín Tellado, 1967

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Te ayudaré siempre

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Sobre la autora

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Me oyes, Raf? Raf Latimore se hallaba sentado en una butaca, con las piernas extendidas sobre la mesa de centro. Tenía un cigarrillo entre los labios y de vez en cuando lo quitaba de los mismos, expelía el humo y volvía a meterlo en la boca.

Tenía la prensa local ante los ojos y leía afanosamente.

—Raf...

—Sí —admitió el marido, sin apartar el periódico ni dejar de fumar.

—Te estoy hablando de Marie y Lex.

Raf ya lo sabía.

No profesaba ninguna simpatía a Lex y muy pocas a Marie, por casarse con él.

—Han llegado ayer noche de viaje de bodas.

Raf estaba al tanto de todo.

Sabía eso y sabía muchas cosas más.

En una ciudad como Lansing no era posible que aquellas cosas se ignorasen. Además, a su casa de antigüedades iba mucha gente. Todo el mundo decía cosas.

—Raf..., te estoy diciendo que Marie y Lex regresaron ayer.

—¿Y bien?

—Estuve a ver a Marie esta mañana.

Era de suponer.

Romy adoraba a Marie. Se creía un poco responsable de ella. ¡Tonterías! Marie era una mujer de veinte años. Él estimaba que a los veinte años ya se sabe lo que se hace y se es responsable de todo.

Se puso en pie y fue a aplastar la punta del cigarrillo a un cenicero, colocando este sobre la repisa de la chimenea.

Encendió otro y, sin soltar la prensa local, volvió a apoltronarse en la butaca, con las piernas extendidas.

—Raf..., no sé si te has dado cuenta de que pretendo hablar de Marie.

¡Claro que se la había dado! Pero a él..., ¿qué le importaba aquello? Bastante tuvo que ver soportando a Marie en su casa durante dos años.

Dos justos hacía que él se casó con Romy.

Romy tenía veinticinco y le llevaba cinco a Marie, y por eso se creía responsable de cuanto Marie hiciera o no hiciera.

Romy era tonta de remate. ¡Claro que él la amaba mucho!

—Raf, ¿quieres escucharme un rato?

Él no quería.

Se pasaba la vida trabajando en la galería de arte, y la verdad es que al llegar a casa lo único que deseaba era descansar. Le importaban un comino Marie y sus problemas.

Pero amaba a Romy y no le agradaba disgustarla.

—Tú dirás —apuntó con su habitual indiferencia, que traducido por Romy era egoísmo—. Pero ten presente —añadió— que cuanto me digas de Marie no me inquietará gran cosa. Si no es feliz, ni tú ni yo podemos hacer nada por ella. Lo intentamos ya. Tú por un lado y yo por otro, e incluso Steve Nef por otro.

—Marie nunca estuvo enamorada de Steve.

—Eso es. Nunca lo estuvo. Tanto peor para ella. Tú sabes que nuestra galería de arte da pingües beneficios. Steve es mi socio y amaba a Marie. Hubiéramos sido felices los cuatro. ¿Por qué tuvo que casarse con ese tipo?

—Lex es muy buena persona.

Raf se sentó mejor. Dejó los pies apoyados en el suelo y las piernas un poco separadas. Era un tipo alto y muy flaco, de distinguido porte, pero tenía las facciones duras y los ojos ratoniles.

—No discuto la bondad de Lex Tryon. ¡Dios me libre! Pero ten presente que yo no taso el valor de los hombres por su bondad. Hay muchas otras cosas que un hombre debe tener para ser aceptable.

—Raf...

—¿No me preguntas mi parecer? ¿No quieres que hablemos de ellos? Pues ya estamos hablando. Yo preferiría mantenerme al margen, pero tú no estás de acuerdo. No puedo decirte lo que pienso. Siempre dije que Marie cometía una estupidez casándose con un hombre como Lex...

—Hizo una pausa e, irónicamente, al rato añadió—: ¿Quieres que sigamos hablando de ellos?

Pese a todo, Romy quería.

No tenía con quién hacerlo y estaba preocupada.

Asintió con un breve movimiento de cabeza.

Era una mujer bella y joven. Tenía el cabello rubio, los ojos azules y una distinción que nadie desconocía en Lansing.

—¿No sería mejor dejarlo para otra ocasión? O esperar a que Marie iniciara en la ciudad su vida matrimonial. Después de todo, es pronto para opinar. Hace un mes que se han casado, han regresado de su viaje de novios. Están, como el que dice, en puras mieles. Si ahora Marie ya no es feliz, entonces que se tire al río.

—¿No podíamos ser más humanos para juzgar, Raf?

A Raf le sobraba humanidad, pero le costaba manifestarla, y procuraba evadirse siempre de los conflictos de los demás.

—Marie vivía con nosotros, Raf. Durante dos años la tuviste en tu casa... Le diste de comer y la vestiste.

—No creo que pienses que lo hice por ella.

Romy sonrió. El que no conociera a su marido pensaría que era un ogro, con aquellas adustas y poco humanas exclamaciones.

—Steve la amaba —repitió roncamente Raf—. La amaba de verdad.

—Tiene treinta y ocho años —saltó Romy, casi indignada por su terquedad—. Y a Romy no le gustaba.

Raf se puso en pie, dobló el periódico y exclamó indignado, pues no acababa de asimilar el que Marie despreciara a su socio y amigo:

—Me voy a la cama, ¿sabes? Me importa un bledo lo que le ocurra a Marie. En Lansing nadie ignora que Lex es un borracho indecente. Al menos tiene tendencia a eso. Un hombre con tales vicios, no puede ser responsable para un hogar. ¿Los años? ¿Qué tienen que ver los años, Romy? ¡Tú tienes veinticinco y yo te llevo diez! ¿No te hago feliz? Di..., ¿no te hago?

—Yo te amo —dijo Romy, ahogadamente—, pero Marie no amaba a Steve.

Raf lanzó furioso el periódico sobre una butaca. Giró en redondo y dio la vuelta, dirigiéndose a la puerta.

—No tardes en venir a la cama —dijo con una voz que pretendía ser adusta, pero que Romy conocía bien y no la asustó.

Quedóse unos momentos allí, sin contestar, disimulando una sonrisa ante la furia de su esposo. Luego giró también y salió de la salita.

* * *

Marie consultó de nuevo el reloj.

O este adelantaba mucho o eran ya las dos de la madrugada.

Como se hallaba en la salita, de pie ante el ventanal, la frente pegada al cristal, oteando la calle, giró bruscamente y se quedó envarada en mitad de la pieza.

¿Sonaba el ascensor?

No. O sí, sonaba. Era su zumbido característico. Fue contando con los labios temblorosos.

—Segundo, tercero, cuarto... Se detendrá en el quinto.

Pero de súbito sus labios, casi sin abrirse, contaron:

—Quinto..., sexto...

Iba hacia el ático.

Apretó la bata sobre el cuerpo semidesnudo.

Era frágil, bonita, tenía no sé qué en la mirada verdosa y en el pelo rojizo. Y en la boca sensitiva, y en las manos que cruzaban la bata en el pecho.

Era de una exquisitez extremada. Demasiado joven y a la vez quizá demasiado madura para admitir y comprender y asimilar muchas cosas.

Volvió a consultar el reloj.

¿Cómo era posible?

Se había casado un mes antes, regresaron del viaje de novios el día anterior. Lex no podía hacerle eso.

Ella le diría...

Pero no. Sabía que no podría decirle nada. Nunca se atrevería a decirle nada a Lex. En su ausencia pensaba decir muchas cosas, pero cuando Lex llegaba, su timidez subía de punto y no era capaz de pronunciar más palabras que las de siempre:

«Te quiero, Lex...».

Sí, ella le quería.

Le quería como jamás creyó que podría querer a hombre alguno.

Pasó los dedos por la frente.

El zumbido del ascensor volvió a dejarse oír.

—Ahora —susurró en voz alta—. Ahora se detendrá en el quinto —como inconsciente empezó a contar de nuevo—. Dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Apretó los labios.

De súbito, Nancy apareció en la puerta de la salita. Vestía una gruesa bata y calzaba chinelas, y sus cabellos canos los ataba tras la nuca.

—Señorita —susurró, alarmada—. ¿No se ha acostado? Son más de las dos y media...

—Hace frío —comentó Nancy ahogadamente, sin atreverse a ahondar en aquella callada desesperación de su ama—. La calefacción se apagó hace tiempo. ¿Quiere que encienda la chimenea?

—Oh, no, por favor, váyase a la cama. Creí... creí... —esquivaba los ojos al hablar—, creí que estaría usted dormida.

—Lo estaba —se disculpó Nancy—, pero debió de despertarme el zumbido del ascensor. Y al abrir los ojos vi que una luz se filtraba por debajo de mi puerta...

Marie miró estúpidamente la lámpara que pendía del techo.

—Sí —susurró, cortada—. No me di cuenta de que podría molestarle la luz. La apagaré.

—¡Oh, no, no se preocupe, señorita Marie! Si no me molesta... Me levanté a apagarla..., pensando que se quedaría encendida por descuido.

Marie ya estaba junto al conmutador. Encendió una lámpara portátil y apagó la central.

—Así... —dijo, cohibida— no me molestará.

—Por mí no...

—Buenas noches, Nancy.

—Sí, sí. Buenas noches.

Y Nancy, envuelta en la bata parda, giró sobre sí y se alejó.

En aquel instante, el zumbido del ascensor volvió a sonar.

—Es sábado —adujo Marie, esperanzada, como disculpando a su marido—. Todos los hombres de la casa habrán salido. Van regresando ya...

Nancy se alejó sin responder.

Entró en su cuarto y cerró la puerta.

Quedó envarada en ella. El ascensor bajaba y se detenía y volvía a subir casi inmediatamente.

«Ese es —pensó—. Ese es, seguro».

Y consultó el despertador que tenía sobre la mesita de noche.

—Las tres —rezongó—. Es hora. No hay derecho. No lo hay... Si tuviera valor, se lo diría a la señorita Romy... Sí, quizá, si esto continúa, me atreva a decírselo.

Y sintió que el llavín daba la vuelta en la cerradura de la puerta del piso.

Ya estaba allí Lex Tryon. Ojalá regresara sobrio. Sería demasiada crueldad que además regresara beodo.

Se tendió en la cama y apagó la luz.

No quería oír nada. Le dolía cuanto pudiera oír.

Se tapó hasta la cabeza y empezó a rezar...

II

Llegaba sobrio, pero olía mucho a alcohol.

Al verla a ella en la puerta de la salita, torció el gesto.

—No deberías esperarme levantada, Marie querida. Es una costumbre que no voy a permitirte —ya estaba a su lado—. ¿Sabes, querida? Trasnuchar está bien para los hombres, pero no para las mujeres.

—Pensé que..., que..., podía pasarte algo.

Él rio.

Tenía una risa felina.

Era hombre interesante. No sobrepasaría los veintiocho años, si bien las arruguitas formadas en torno a la boca y los ojos le daban aspecto de más edad. Tenía el cabello negro y los ojos claros, de un azul desvaído, pero que daban a su rostro una luminosidad juvenil.

Era alto y fuerte, de bella estampa.

—La próxima vez te acuestas —dijo riendo, al tiempo de fundirla en su cuerpo—. ¿Entendido?

Ella pensó que debería decirle que no quería que hubiese próxima vez, pero sabía que nunca tendría valor ni fuerza para decírselo.

—Estás muerta de frío —susurró él sobre sus labios.

Olía a alcohol. Pero ella, pese a todo, le amaba.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tan calladita?

Y con aquel su modo de hacer cautivador, buscaba sus labios con los suyos, la besaba largamente, muy largamente, como si todo fuera a eternizarse allí. Y después, sin decir nada, sin dejar de besarla, la levantaba en vilo y la llevaba a través de todo el pasillo en sus brazos.

—Oh, Lex, Lex...

—¿Qué te pasa?

Le pasaban tantas cosas...

La depositó en el blando lecho y se quedó a su lado contemplándola.

—Estás pálida, querida. ¿No te sientes bien?

—Sí, sí...

Se inclinó hacia ella y se deslizó a su lado. Sabía hacer las cosas. Marie tenía solo veinte años y Lex fue su primer y único novio. No había en ella ni malicia ni falsa y sexual coquetería. Era así porque lo era.

Ella se deslizó por su pecho con esa timidez amorosa de la muchacha que se ve por primera vez con su marido. Le ocurría todos los días. No sabía quién tenía la culpa. Si su gran pasión por Lex o su falta de experiencia sentimental.

—Chiquilla...

—Te quiero —dijo ella con un hilo de voz—. Te quiero, Lex...

—Eres..., eres extraordinaria —dijo él sobre sus labios.

—Tú me enseñaste a ser así.

—Me gusta cómo aprendiste. Me gusta, sí...

Y buscaba sus labios con esa ansiedad del hombre que centra en una mujer todo su afán y su vida.

Amanecía.

Él, riendo, exclamó:

—¿Sabes que tengo que levantarme dentro de unas horas?

—Sí.

—Lo dices como si te doliera...

—Y me duele. Nada me duele más que tengas que irte cuando... soy tan feliz a tu lado.

—El deber...

—Sí, sí, lo sé.

—Pero ahora estamos juntos.

Y ella pensó, con desesperada contención:

«Pudiste haber venido antes. Pudiste, sí...».

III

Oía a Nancy canturrear en la cocina.

Nancy no sabía hacer nada sin entonar una canción. Jamás trabajaba sin modular una pegadiza cancioncilla.

Pero era magnífica Nancy. Siempre le decía: «Usted descanse, póngase guapa. No me trabaje nada. Duerma y lea, señorita; escriba, prepárese. Pero, por favor, déjeme a mí llevar el peso de la casa».

Era lo único que quedaba de la suya. Cuando se casó, Romy se lo dijo:

«Llévate a Nancy. Desde que yo tengo uso de razón y me remonto a recordar, Nancy siempre estuvo a nuestro lado. Yo soy más veterana en el hogar. Sé cómo manejar el servicio. A Nancy no hace falta manejarla. Sabe su deber y lo cumple, y además te quiere».

Ella no se negó. ¿Qué sabía hacer en realidad? Sí, muchas cosas. Tocar el piano, rasgar las cuerdas de una guitarra. Recitar los clásicos franceses, comportarse en sociedad, pintar, esculpir... Pero apenas si sabía lo que era una cocina o un deber casero.

Primero fue su madre quien gobernó la gran casona feudal. Después, cuando falleció ella y se supo que estaba todo hipotecado, y las dos, con Nancy, hubieron de trasladarse a un piso, fue Romy, y no ella, quien se enfrentó con todos los problemas.

Cuando ella quiso ayudarla, Romy dijo rotundamente:

«Tú continuarás en el colegio. Tiempo tienes de saber lo que es todo esto».

Entonces ella tenía quince años y Romy veinte.

Se encontraba en el colegio de Chicago, cuando un día Romy se presentó a visitarla. Lo hacía frecuentemente en el viejo «Ford» que aún les quedaba del patrimonio. Romy la apretó contra sí. Tenía ya veintidós años y ella diecisiete.

Suspiró recordando.

Tenía el cuaderno de notas sobre el tocador. Hacía cosa de media hora que Lex se había ido al trabajo.

De vez en cuando, al hallarse sola, lo abría como cuando era colegiala y escribía allí sus impresiones. Era un cuaderno de tapas de piel, que contenía un montón de pensamientos deshilvanados. Ni Romy, con ser casi como su otro «yo», conocía el contenido de aquel cuaderno. Ni Lex, con ser su marido, ni Nancy, con amarla tanto. Era como un secreto juvenil que seguía formando en su vida como un punto crucial y aislado.

¿Por qué?

No lo sabía.

A veces se decía a sí misma, como dándose una explicación a tal romanticismo sentimental:

«Es que aún no estoy madura. Tengo de la vida una visión juvenil. El día que madure, pensaré, pero no se me ocurriría contárselo a mi cuaderno».

Lo abrió por la parte del principio.

«Mamá está muy enferma. Tengo catorce años —leyó con un si es no es de sarcasmo—. Estoy enamorada... del hijo del jardinero. Es un chico espigado que mira de un modo que me estremece».

Saltó varias páginas, murmurando:

—«Hoy me llamó Romy a nuestro escondrijo. Es en el cenador de la derecha, bajo los tilos. Romy siempre me cita allí cuando tiene algo importante que decirme. Estoy de vacaciones. Todo está blanco por la nieve. Posiblemente siga nevando. Me gustan las Navidades blancas y el árbol que colocamos en el salón y las lucecitas que le colgamos y los regalos que siempre elige mamá. Romy está triste. Lo vengo notando desde hace tiempo. La enfermedad de mamá debe ser grave... Siento que lloro...».

Pasó la página.

Oía la voz gangosa de Nancy en el saloncito. Pensó, abstraída:

«Estará limpiando los ceniceros. Ahora, en seguida, enchufará la aspiradora».

En efecto, se oyó el ronco zumbido del aparato eléctrico y la voz de Nancy resultó casi confusa, canturreando... «Juanita Bana...».

Ella pasó la página y leyó con los ojos semicerrados.

«Romy entró en el cenador y se echó en mis brazos, sin pronunciar palabra. Entonces me di cuenta de que toda su fortaleza era solo un parapeto. Creo que fue la única vez que vi a Romy desfallecer. ¡Es tan fuerte, tan decidida!

Me miró con desesperación y me dijo algo que no olvidaré jamás.

—La mamá se muere, Marie. Es inútil ocultarte una verdad que vas a ver por ti misma muy pronto. Necesito que lo sepas, que alguien comparta conmigo este horrible dolor.

Nos abrazamos. Creo que fue en aquel instante cuando me di cuenta de lo mucho que amaba y necesitaba a Romy.

Mezclamos nuestro llanto, y después, cuando nos fuimos calmadas las dos. Romy me apartó de sí y me dijo algo que me estremeció de pies a cabeza, y por lo cual no me cupo duda alguna de que lo de mamá era... definitivo.

—Piensa que te quedo yo y que jamás..., jamás, te abandonaré. Pase lo que pase, ocurra lo que ocurra, yo velaré por ti siempre. No te llevo más que cinco años, pero... debí madurar hace mucho tiempo, porque me considero responsable de cuanto te ocurra.

Días después falleció mamá. Así, silenciosamente, como había vivido durante mucho tiempo.

Lloramos las dos, apretadas una contra otra, durante algunos minutos, pero luego ella se puso en pie, exclamando:

—Tengo que ocuparme de muchas cosas. No puedo dejarme dominar por el dolor y la desesperación. —Y mirándome largamente, añadió, al tiempo que sus dedos se perdían en mis cabellos—: Tú llora, Marie. Lloro cuanto quieras. Lloro por las dos».

Pasó la página.

No era capaz de leer de nuevo lo ocurrido durante aquellas terribles horas que siguieron. Romy multiplicándose, la casa llena de gente. Gente toda principal. La élite de la ciudad,

preocupándose por ellas, por su madre muerta, tratando de ayudar a Romy.

Después no. Después, cuando se supo públicamente la situación financiera en que quedaban las dos hermanas..., los amigos, o los que se dijeron serlo, huyeron...

* * *

Volvió la página.

«Ya se han llevado a mamá. Todos nos consuelan aún. O tratan de consolarnos, como si ello fuera posible. Como si alguien pudiera llenar el vacío que deja una madre a quien se adora.

Nancy fue la encargada aquella tarde de anunciar la visita de mister Hyler. Barry Hyler era el notario-abogado, administrador de los bienes de los Bach.

Romy y yo estábamos en la salita, una junto a otra, sin decirnos nada, cuando Nancy anunció la visita desde la puerta.

—No sé qué puede querer —dijo Romy, contrariada—. Estamos hartas de ver gente, y mister Hyler ya estuvo aquí varias veces, incluso fue el encargado de comprar la corona para mamá...

Nancy preguntó de nuevo:

—¿Le reciben?

—Claro —replicó Romy, que era siempre quien lo decía todo, pues yo apenas si sabía más que llorar—. Que pase aquí mismo.

Al rato vi entrar a mister Hyler.

Era un hombre alto y delgado, de porte muy distinguido. Llevaba una cartera de piel, como un abultado portafolios en la mano, y no vestía gabán. Se quitó el sombrero y avanzó hacia nosotras con la mano extendida.

—No quisiera venir hoy, pero voy a Chicago mañana, debido a un juicio que tengo allí, y no sé cuándo volveré.

Nosotras no creímos preciso que nos diera cuentas de la administración que llevaba tan pronto. A ambas nos molestaba abordar una delicada cuestión tan rápido, casi caliente el cadáver de mamá, el cual reposaba en el panteón familiar, desde hacía solo tres días.

—Siéntese, mister Hyler —invitó Romy.

Y nunca la admiré tanto como en aquellos días.

Era magnífica en su cautivadora majestad. Debía sentir un profundo dolor, y al verla nadie lo diría. Incluso yo misma me pregunté si momentos antes Romy lloraba conmigo.

Mister Hyler desplegó la cartera, la abrió y extrajo un montón de papeles. Algunos amarillentos, otros casi flamantes.

—No debiera venir hoy —repitió—, pero ya os advertí que me voy a Chicago y que no sé cuándo volveré. Prefiero ser yo mismo, y no uno de mis socios, quien trate este asunto con vosotras —me miró dubitativo—. ¿Tiene que estar presente, Romy?

Yo dije, rapidísima:

—Quiero estar.

—Debe estar, mister Hyler. ¿Tiene usted algo grave que decirnos? Si es así, tenga presente que, pase lo que pase, no nos separaremos una de la otra. Y es justo que Marie esté al tanto de todo, como yo. ¿De qué se trata?

—De vuestra situación financiera.

Romy y yo nos miramos. En Lansing siempre pasamos por las más ricas, las más halagadas, las más admiradas, por nuestra situación social y económica.

De pronto me aterró pensar que pudiéramos perder todos aquellos privilegios.

Romy, muy grave, pareciendo mucho mayor de lo que era, y solo tenía veinte años entonces, y yo quince, miró a míster Hyler de frente.

—Diga lo que sea.

—Vuestra madre se negó a abordar este tema ante vosotras. Reiteradamente le advertí que debía hablaros de ello. Se negó rotundamente.

—¿Tan grave es? —preguntó Romy.

Yo no me atrevía ni a abrir los labios, y casi puedo asegurar que entonces, como nunca, pensé en aquello de Börne. “Lo que el vértigo es para el cuerpo, eso es la embarazosa timidez para el alma”.

Yo era muy tímida, pero en aquel instante creo que lo fui como nunca, porque, quizá un poco egoísta, no fui capaz de levantar los ojos y verme en la mirada cerrada de Romy.

Oí la voz de esta, firme y segura. ¡Qué admirable era Romy!

—Diga lo que sea y no tema herirnos.

—No se trata de heriros, Romy. Comprende. Se trata tan solo del daño que voy a haceros. Un daño material y espiritual que va a destrozar vuestras jóvenes vidas.

—Estamos arruinadas —dijo Romy súbitamente, con gran firmeza.

Yo me estremecí, pero aún no me atrevía a mirar a Romy. Oía su voz diferente, firme, escueta, casi ronca.

No preguntaba. De repente se diría que un presentimiento la asaltaba y no quería huir de él.

—Sí, Romy. Así es. Hace mucho tiempo que veníamos tu madre y yo haciendo muchos equilibrios para ocultaros la situación económica. Cuando hace años falleció tu padre, yo le sugerí a tu madre, que en paz descansa, la fórmula para evitar el terrible desenlace. Vender la gran casona añeja, llena de gratos e íntimos recuerdos y esplendores pasados. Alguna tierra, para hacer frente a la situación crítica. Tu madre se negó.

No se refería a mí.

Yo estaba encogida en el sofá, con las piernas incorrectamente metidas bajo el cuerpo, menguada, solitaria, como si fuera un naipe inútil en un tablero de ajedrez.

—Durante estos diez años, hubimos de ir hipotecando poco a poco tierras y posesiones inmuebles. Los estudios tuyos y de Marie fueron caros. Los mejores colegios. Los mejores modistas. Tu madre no quería nada con lo vulgar.

—Hizo bien —atajó Romy, secamente—. Hizo lo que yo haría en su lugar.

Míster Hyler apenas si parpadeó. Pero su voz, esta vez suave, dijo algo que debió molestar a Romy, ya que yo, al atreverme a mirarla, vi en sus ojos una lucecita de rebeldía.

—De todos modos, opino que si vuestra vida fuera más sencilla y vuestra educación menos cara..., aún se conservaría algo del patrimonio.

—Ni usted ni yo somos nadie para censurar lo que mamá hizo.

Así, seca y brevemente. El caballero ya no insistió.

Sacó unos documentos del portafolio, aduciendo quedamente:

—Todo está hipotecado. Vendido el patrimonio, apenas si quedará una renta de unos pocos miles de dólares.

—Es suficiente —dijo Romy—. Yo tengo una preparación adecuada para ponerme a trabajar y Marie regresará al pensionado una vez finalicen las vacaciones.

Vi que míster Hyler se alteraba notoriamente.

—¿Al mismo pensionado? —exclamó, sin poderse contener—. ¿Sabe usted cuánto cuesta?

Más asombro por mi parte. Míster Hyler, que siempre trataba a Romy de tú, de súbito la trataba como si fuera mamá o una persona madura.

Miré a Romy.

Vi en sus ojos aquella luz de resolución que en alguna otra ocasión ya había visto en ella.

—Sí —dijo—. Pese a ser tan caro, Marie continuará en él.

—Pero... ¿y el dinero? ¿De dónde piensa sacarlo?

—Dice usted que, una vez liquidado todo, nos quedarán unos miles de dólares de renta anuales.

—Muy pocos.

—¿Suficientes para pagar la educación de Marie?

El señor Hyler titubeó.

—Para eso... supongo que sí.

—Es suficiente. —Y como dando fin a la conversación, añadió secamente—: Puede usted proceder a la venta de todo el patrimonio. Pague las hipotecas. Hay muchos cuadros de valor en esta casa. No creo que necesitemos ninguno, puesto que no representan ningún ser querido de la familia.

—Pero fueron adquiridos por sus padres.

—A la hora de decidir una existencia diferente —atajó Romy, causando la admiración del caballero—, no se pueden medir las cosas con sentimentalismo. Quizá yo sea un poco positivista. Entre conservar los cuadros y dejar a Marie fuera del colegio, comprenderá que no prefiero esto último.

—No sé qué decirte, Romy —apuntó el caballero, tuteándola de nuevo—. Por un momento pensé que pretendías encasillarte en tu orgullo de raza.

—No se puede tener orgullo cuando las necesidades materiales exigen. Deseo que Marie continúe en el colegio, pero yo, mañana mismo, procederé a cambiar de casa. Pienso alquilar un piso cómodo, pero económico Y pienso a la vez trabajar.

Fue entonces cuando yo intervine.

Sé que me temblaba la voz y que por un segundo pensé que iba a estallar en sollozos.

—Pienso, Romy —me atreví a decir—, que... si yo no volviera al pensionado... Tengo casi quince años y podría ayudar a Nancy en el hogar, entretanto tú... trabajas.

—Aún estás bajo mi tutela, Marie —cortó Romy brevemente, con absoluta decisión—. Esto tiene que arreglarse de otro modo, y ya tengo pensado cómo voy a hacerlo.

Intenté protestar, pero Romy me miró y yo me quedé muy calladita».

IV

«**S**in importarle la opinión de la gente que contemplaba con curiosidad las evoluciones de Romy, a partir del día siguiente se procedió a la venta del patrimonio de los Bach. Se vendió todo en menos de dos meses; yo fui de nuevo internada en el pensionado y apenas si supe lo que hacía Romy en Lansing.

Pero sí supe, al cabo de algún tiempo, que todo, absolutamente todo, había sido vendido. Pagadas las hipotecas, Romy, junto con Nancy, se trasladó a un piso cómodo, confortable, casi lujoso, pero muy distinto a nuestro añejo caserón, lleno este de tapices, alfombras, cuadros y armaduras.

Supe también, por carta que recibí de Romy, que estaba trabajando en una galería de arte como vendedora y que la opinión de los amigos le importaba un rábano.

Durante las vacaciones me trasladé a Lansing, y Romy me adoraba cada día más. Decía que era feliz y que estaba muy contenta de su trabajo.

Cuando yo tenía diecisiete años y Romy veintidós, un día, como ya dije al iniciar la lectura de este particular manuscrito, Romy se presentó una tarde de domingo en el pensionado de Chicago.

Me abrazó muy fuerte. Yo la encontré guapísima y con una ilusión nueva en los grandes ojos azules. Era muy distinguida, y la ropa que vestía seguía siendo de gusto. Un gusto depurado. El gusto indiscutible de Romy.

Me senté junto a ella y, sin soltarme la mano, me espetó la noticia.

Romy no se andaba con medias frases cuando tenía algo que decir. O lo decía como era o se lo callaba.

—Me caso —me dijo.

—Oh.

—Sí. Con mi jefe.

—¿Cómo?

—¿No conoces la galería de arte de mister Latimore?

Ya la conocía.

Era famosa en la ciudad de Lansing y en casi todo el condado de Ingham.

—¿Conoces a Raf?

¿Quién no conocía a Raf? Era una persona importante en Lansing. Tenía dinero y un socio capitalista de gran relieve. Era formal, honesto y muy rico.

—Me caso con él.

Era todo lo que antecede, pero a mí, la verdad, no me gustaba Raf Latimore. Tenía unos ojillos penetrantes, ratoniles y diez años por lo menos más que ella, y yo tenía un concepto tan elevado de mi hermana, que me parecía merecía mucho más de lo que representaba el dueño de la famosa galería de arte.

—Te vas a casar con él —dije sin preguntar, no atreviéndome a añadir que me parecía una monstruosidad.

—Sí —rotunda—. Le amo y me ama.

Y fui tonta al hacer la pregunta que siguió. En realidad, si yo no fuera tan ingenua, jamás hubiera dicho aquello.

—Dime, Romy... Si nuestra posición económica fuera la que siempre disfrutamos..., ¿te casarías con él?

La respuesta de Romy me desconcertó. Supe que era sincera. Romy lo era siempre, o se callaba.

—Por supuesto. Yo no taso el amor por unos miles de dólares. Para mí, los sentimientos son lo más importante. Me caso con Raf, y tú darás por terminada tu educación. Ya tienes edad para divertirte y alternar con chicos. Dejarás el pensionado y vendrás a vivir con nosotros.

¡Oh, Dios! Aquella idea me aterró. Adoraba a Romy, pero Raf no me parecía amable ni humano.

—¿No puedo continuar en el piso con... Nancy? —me atreví a proponer.

Romy me miró censora.

—¿Casada yo y manteniendo tú otro hogar? No, rotundamente no. Y te voy a decir por qué. Hay varias razones, si bien las más importantes son dos. Porque yo tendré un hogar, y lo que es mío es tuyo, y la segunda es que pretendo que te quedes con la renta anual, con la cual te vestirás y alternarás, pero no podrás mantenerte.

—Puedo trabajar. Tú lo has hecho durante dos años.

—Pero yo no quiero que tú lo hagas.

Era rotunda, y yo supe que haría lo que ella decía, aunque me doliera. Nunca me atreví a nada. Siempre envidié su carácter decidido y su desenvoltura y su precisión para ver las cosas más oscuras, que ella hacía claras inmediatamente.

Yo era todo lo contrario.

Por eso, al día siguiente me fui con Romy hacia Lansing y conocí a Raf. Hasta la fecha solo lo conocía de vista, pero al tenerlo ante mí, adusto y frío, me di cuenta de que Romy le imponía mi presencia, y ello me disgustó, pero, como siempre, no me atreví a dar mi opinión.

Poco después, cumplidos apenas Romy veintitrés años, se casó.

Me quedé en la tienda aquellos días, ayudando a los dependientes. Resulté ser una buena y entendida ayuda, y cuando Romy y Raf regresaron, presencié un buen altercado.

No es que Romy y Raf discutan. Yo aseguraría que se aman mucho, y que Romy, tan inteligente, conoce bien a su marido y le comprende, y por esa causa son más felices. Raf es adusto y sobrio y casi nunca sonrío. Romy, en cambio, sonrío siempre y no es adusta ni sobria con exageración.

Quizá por eso se complementan.

La disputa fue breve y terminó en seguida.

—He sabido que Marie se entiende muy bien con los clientes —dijo Raf al día siguiente de haber llegado a Lansing, después de un mes de luna de miel—. He pensado que tal vez convendría

ocuparla en la tienda. Le daría un buen sueldo.

No terminó, porque Romy le frenó en seco.

—Marie, no. Marie no hará nada de nada.

—¿Sin comentarios?

—Sin comentarios, Raf—fue la seca y breve respuesta de Romy.

Lo que discutieron los dos en su alcoba, exactamente no lo sé. Sí sé que hablaron durante mucho tiempo y que yo sentí el murmullo de sus voces hasta casi el amanecer. Pero a la mañana siguiente, cuando me disponía a ir a la tienda, Romy me detuvo diciendo:

—¿No tienes amigas en la ciudad? Tienes muchas. Ve al círculo. Eres socia, y también del tenis-club. Diviértete.

—Yo pensé...

—Yo estoy pensando ahora por ti, Marie. ¿Quieres ponerte tus ropas mañaneras más bellas y salir a tomar el aire?». ».

V

Cerró el libro.

De súbito, la voz de Nancy decía desde el otro lado de la puerta:

—Señorita Marie... Está aquí la señorita Romy.

Cerró el cajón del tocador y se guardó la llave.

Después, rápidamente, se puso en pie. Iba a salir cuando ya Romy irrumpía en la estancia.

—Marie —exclamó al verla—. ¿Qué es esto? ¿Sabes la hora que es y aún estás en camisón y bata, y, como siempre, descalza?

Marie se ruborizó.

No podía decirle que se pasó casi toda la mañana leyendo su diario. Romy no sabía que existía. Era aquel el único secreto que nunca le confesó.

—¿Cómo es eso, Marie? —volvió a preguntar Romy, al tiempo de besarla repetidamente en la mejilla—. Además, estás muy fría. ¿Es que no tienes calefacción en tu alcoba?

—Claro que sí —titubeó—. En realidad, es que al marcharse Lex al trabajo... me quedé aquí muy a gusto y... se me pasó el tiempo. Siéntate, por favor. No te esperaba esta mañana.

—Pensé que irías tú a verme...

—Ya... ya ves.

Romy se dejó caer en un sillón y extrajo la pitillera del bolsillo.

—¿Fumas, Marie?

—Sí, sí...

—Pareces nerviosa. ¿O me equivoco, Marie?

Lo estaba. No era por ella ni por Lex, ni por la llegada a casa de este la madrugada anterior. Era por el diario.

¿Qué diría Romy si supiera que lo tenía?

Quizá se echara a reír, pero... prefería no saberlo.

Encendió el cigarrillo y fumó aprisa.

—No estoy nerviosa —dijo—. En absoluto. Lo que pasa es que me contraría que me encuentres así... Además, ¿qué hora es? —buscó el reloj, pero ni lo había en la salita donde se encontraban ni ella lo llevaba en la muñeca.

Romy apuntó, un tanto sarcástica:

—Las doce y media.

—Oh, dentro de media hora regresará Lex.

Romy no estaba tan segura de que Lex fuera tan puntual, y lo dijo tal como lo pensaba.

—Lex nunca regresa a casa inmediatamente después de salir de la oficina. ¿No es así, Marie?

La joven dudó un segundo, pero luego afirmó con un titubeo:

—Sí, sí. Creo... creo que siempre entra en el club a tomar el aperitivo.

—Lo cual tú soportas tranquilamente.

—¡No!

Fue como un grito agónico.

Romy ya conocía a su hermana. A decir verdad, Romy conocía bien a todo el mundo que trataba. Tanto a Marie como a Raf, su propio marido, como a Lex, marido de su hermana; incluso a Steve...

Se inclinó un poco hacia delante. Buscó insistentemente los ojos de su hermana, hasta que esta fue incapaz ya de negarle la mirada.

—Marie —susurró bajísimo, con aquella ternura que conmovía a Marie y que tanto admiraba en silencio Raf Latimore—. Marie querida..., ¿por qué, si no estás de acuerdo, lo soportas? Ya sé que la mujer no debe imponer sus gustos al marido, pero en tu caso, un poco de dureza... estaría mejor y más adecuada que tu blandura.

—Amo a Lex.

—También yo amo a Raf. Tú sabes que Raf es celoso, que le molesta que yo me inmiscuya en tu vida. Que tú no le eres simpática, porque él hubiera deseado verte casada con su socio. ¿No es cierto que sabes todo eso, Marie?

Esta asintió brevemente, con un lento movimiento de cabeza.

—Y sin embargo..., yo no estoy dispuesta a tolerar injusticias. Él no te tendrá simpatía, pero yo te tengo un gran cariño porque eres mi hermana, y por nada ni por nadie toleraré que fiscalicen mis actos hacia ti, mis salidas cuando me dirijo a tu casa. Es más, paso por la galería de arte, busco a Raf en la oficina si no está en la tienda. Me acerco a él, le beso y le digo bajo: «Cariño, voy a casa de Marie». Y Raf se muerde los labios, pero como es un hombre justo, pese a su aparente adustez, no es capaz de ir contra la lógica humana.

—Yo no tengo tu escuela, Romy —se agitó—. Quisiera tenerla, pero no puedo. Tú te has enfrentado con muchos problemas y los has resuelto, lo cual te dio una seguridad en ti misma, inconmensurable. Pero a mí tú me lo diste todo hecho.

—No —denegó Romy suavemente—. Te di solucionadas muchas cosas, pero no tu matrimonio.

—Le amaba.

—Eres tímida hasta para decir que le amas. ¿Cuánto más no lo serás para reprocharle o impedirle sus salidas nocturnas?

—¡Romy!

—Lo sé, Marie. Yo siempre lo sé todo de ti. No culpo a Lex de maldad. No es malo, pero es inconsciente, y considera que el hombre casado tiene las mismas libertades que el soltero, y eso es un grave error. Y respecto a tu timidez, te diré algo que leí no hace mucho tiempo. No sé a quién pertenece la frase, pero eso no importa. «La timidez es un pecado grave contra el amor».

—Lo dijo France.

Romy sonrió apenas.

—No estoy tan enterada como tú de tales cosas, pero eso, repito, no creo que tenga gran importancia. Lo esencial es que estás obrando equivocadamente, y si bien yo no pretendo

inmiscuirme en tu vida sentimental, quisiera que tú te vieras a ti misma, vieras a Lex como es, no como a ti te parece, y obraras en consecuencia.

—Procuraré... procuraré hacerlo, Romy.

—¿A qué hora llegó ayer?

Marie titubeó.

Hubo en sus ojos un precipitado parpadeo.

—Marie..., no pienses que voy a ir a ver a Lex y afearle su conducta. Eso jamás lo haré. Estoy tratando de ayudarte a ti, pero jamás cometeré la estupidez de introducirme entre vosotros dos, como juez dispuesto a imponer sentencia.

—Te lo agradezco.

—Si te conociera menos, quizá lo hiciera. Pero sé que en tu fuero interno jamás me perdonarías una intromisión de esta índole.

—Llegó a las tres de la madrugada... —dijo Marie, titubeante.

Romy se puso en pie.

Era alta y esbelta y tenía una acusada personalidad.

De espaldas a su hermana, quedó un segundo con el cigarrillo en alto. Después, despacio, lo aplastó sobre el cenicero y se quedó inmóvil y muda.

Al girar de nuevo, se encontró con Marie tras ella, con expresión suplicante.

—No le has reprochado nada...

Lo dijo sin preguntar.

Marie afirmó con la cabeza.

La mano de Romy se posó en su hombro semidesnudo.

—Recuerda esto, Marie. Hoy tengo mucha prisa y no puedo detenerme tanto como quisiera. Recuerda esto y clávalo en tu mente. Una mujer no se casa con un hombre para tener marido tan solo en la alcoba. Eso es bajo, ruin y mezquino. El espíritu femenino ha de esperar de ese hombre mucho más. Muchísimo más. Tú sabes eso y debes hacérselo saber a quien lo ignora, y parece ser que Lex... sigue con sus malas costumbres. Ya sabes que tanto Raf como yo te lo advertimos. No se puede olvidar que Lex... fue el nieto de nuestra lavandera.

—¡Oh, calla!

—Recuerdo todavía cuando iba a llevarnos la ropa al caserón. Tenía las narices sucias y los tobillos llenos de barro y las ropas desgarradas...

—¡Oh, calla!

—Pero cuando tú decidiste casarte con él..., yo no te sojuzgué para que no lo hicieras. Solo te advertí... Cuando faltan principios... la montaña se derrumba. Y lo lamentable es que se derrumba sola. Como si bajo ella no hubiese más que lodo y escoria...

—¡Oh, Romy!

La hermana le palmeó el hombro y luego, suavemente, la besó en la mejilla.

—Pero tú, que en el fondo eres fuerte, pese a tu terrible timidez, tienes el deber de enseñar al hombre... Pero que él no se entere de que le estás enseñando, Marie. Eso es... primordial para el éxito. ¡Primordial!

* * *

Vestía un modelo de mañana gris perla. Ajustado a la cintura, demarcando sus caderas. Daba una forma al busto aún más juvenil de lo que ella era en realidad.

Se hallaba en el fondo del pasillo cuando oyó el llavín en la cerradura de la puerta del coquetón pisito.

Lex entró sacudiendo el flexible. Sin mirar hacia el fondo del pasillo, se quitó el gabán y lo colgó en el perchero.

Al girar después la vio.

—Marie —dijo riendo—. Marie...

Ella corrió a su lado.

Se acercó a él con aquel aire un poco gatuno y se arrebujó en su pecho al tiempo de levantar los brazos y cruzarle el cuello.

—Gatita —susurró él, sofocado—. Gatita mía...

Buscaba sus labios. Así, como si no hiciera nada, y en su ademán llevaba una profunda ansiedad.

La besaba en la boca largamente, como si pretendiera diluir la suya en la de ella.

Mucho tiempo. Allí, en mitad del pasillo, como si fuera su alcoba y estuvieran solos. Después, poco a poco, fue soltándola, pero la prendió por los hombros y caminaron juntos.

—La comida está servida ya —susurró ella.

—Sí.

Pero no se detenía en el comedor.

—Nancy...

—Sí.

—Lex... Nancy ya puso la mesa.

Él volvía a reír.

Tenía aquella risa provocadora y aquel mirar suyo que perturbaba.

Empujó la puerta de la salita, y sin soltar los hombros femeninos, la empujó hacia un canapé.

—Nancy...

—Que espere. Me parece que hace un siglo que no te veo. Un siglo interminable, mi vida.

¿Podía ella reñir con Lex? ¿Censurar sus salidas, en alta voz? ¿Podía?

Lex, ajeno a sus pensamientos, la perdía en el fondo del canapé y se deslizaba a su lado. La besaba en la boca despacio, con aquel su hacer que entontecía y enajenaba. Y ella, que era una niña y lo adoraba, que cuanto sabía lo aprendió a su lado, no era capaz, ni sabía ni podía resistirse a aquella intensidad que Lex despertaba en su ser.

Nancy, en la cocina, aguardaba la orden de servir la comida.

Eran las dos y cuarto de la tarde, y a las tres y media oyó los pasos de Lex y su voz ronca y amable.

—Nancy, ¿dónde está usted?

Nancy apareció en la puerta que daba acceso a la cocina.

—Aquí, señor.

—Sirva la comida. La señorita vendrá en seguida.

Nancy giró en redondo y, rezongando entre dientes, preparó las bandejas. Cuando abordó de nuevo el comedor, se encontró con Marie que entraba. Una Marie tímida, sofocada, que miraba a

su marido con expresión de arrobo.

«La tiene idiotizada. Lo peor será cuando salga de ese... digamos hipnotismo».

Sirvió la mesa en silencio y vio, mientras lo hacía, cómo la mano de Lex buscaba a cada instante los dedos temblorosos de su mujer. Y cómo esta parpadeaba llena de rubor, y cómo Lex la contemplaba en silencio, con infinita ternura.

Ella, particularmente, no dudaba del cariño que Lex profesaba a su esposa, pero sabía, como seguramente lo sabía Romy, y hasta Raf Latimore, que Lex Tryon no depondría sus costumbres por aquel amor que experimentaba por Marie.

La comida tocó a su fin casi en silencio.

Nancy, desde la cocina, estaba esperando que Lex levantara el vuelo y se fuera rápidamente. Sabía que tenía su tertulia en el casino y que no se olvidaría de su partida de póquer por Marie.

Por eso, cuando le oyó decir que se le hacía tarde, no se asombró.

Oyó la breve conversación, pero no vio lo que hacía el matrimonio.

—Tengo que irme, gatita.

—¿Tan... pronto? No entras en la oficina hasta las cinco. Y son las cuatro y cuarto y tienes el auto en la puerta. Llegas en cinco minutos.

Lex se acercó a ella y la apretó contra el alféizar de la ventana.

—Me gusta jugar la partida antes de irme a la oficina —dijo bajo, con la mayor naturalidad.

«Si fuera yo su esposa —pensó Nancy—, a buen seguro que me iba a callar».

Pero Marie no decía palabra.

Claro que Nancy ignoraba que Lex la tenía perdida en aquel instante en su cuerpo y la besaba largamente en los labios.

Tan largamente, que Marie se arrebujó contra él, relajó su cuerpo, y muy despacio, como si arrastrara los brazos, alzó estos y cruzó el cuello masculino.

—No sé qué tienes..., gatita.

—Lex..., no te vayas aún.

—No tengo deseos de marcharme..., pero estoy comprometido con mis amigos.

—Lex...

—Dime, gatita.

Un silencio.

Después...

Era la vocecilla de Marie tenue y ahogada, como suspirante.

—¿Voy a buscarte a la salida de la oficina? Podemos ir al cine o a casa de Romy...

La voz de Lex sonó un poco rara.

—No me impongas a Raf ni a Romy. Reconozco que son muy buenos y muy amenos, pero yo no los resisto. —Y luego, quedamente persuasivo—: Yo vendré a casa tan pronto pueda. No te preocupes por mí. Vendré a comer a las nueve y media.

VI

Se cerró en su cuarto.
No tenía nada que hacer.

Quisiera tener un montón de cosas en que ocuparse para distraer la mente, pero no las tenía. Nancy lo hacía todo y ella no era un parásito, aunque Nancy y Romy, e incluso Raf, lo creyeran así.

Se cerró, pues, en su alcoba, y como si la empujara una fuerza superior, se dirigió al tocador, abrió el cajón del fondo de aquel, extrajo un cuaderno de cubiertas de piel, y con él en la mano se dirigió al lecho, se tendió boca arriba y lo abrió.

«Conocí a Lex aquella noche de mi primer baile.

Era alto y delgado, de porte distinguido. Sus modales eran algo bruscos, pero eso, lejos de restarle encanto, se lo agudizaba.

Tenía el cabello negrísimo y los ojos muy claros. Azules o grises. No pude precisarlo en aquel momento. Vestía de etiqueta y los invitados le trataban con deferencia.

Yo pensé: “Es un tipo influyente, pese a su juventud”.

Me acerqué a Romy.

Ella era la anfitriona y se multiplicaba para atender a todos los invitados. Romy tiene una distinción especial para dar fiestas, y su exquisitez mundana la envidian muchas mujeres. Me di cuenta, asimismo, de que la catástrofe financiera que nos atacó años antes no significaba nada para la vida social de Romy. Sin duda alguna, al casarse con Raf Latimore se convertía otra vez en la muchacha de moda, pero a la sazón con mayor personalidad, debido a su estado de casada. También andaba por allí Steve Ned.

Era un hombre no muy alto, de fuerte contextura. Tenía el cabello algo encanecido y resultaba atrayente, pero a mí, la verdad, no me gusta, y esto, estoy segura, es lo que más contraría a mi cuñado.

—¿Qué deseas? —me preguntó Romy, intrigada—. Leo en tus ojos, desde hace rato, que deseas preguntarme algo.

Disimuladamente señalé al hombre que al otro extremo del salón me miraba insistentemente, pese a que estaba rodeado de lindas jovencitas.

—¿Quién es?

Romy siguió la trayectoria de mi mirada y arrugó el ceño.

—No te fijas en él.

—Pero... todas las chicas le obsequian.

—Sí. Siempre ocurre igual. Es un hombre muy varonil, inteligente y culto, pero carece de antecedentes sociales.

—Por eso —dije yo, un tanto enojada— no se puede censurar a un hombre.

—Estimo que no, pero cuando no existen, y los que existen son mezquinos y bajos... sí se le censura, desgraciadamente.

—¿Por qué esa animosidad?

—Personal, ninguna —me dijo Romy, un tanto grave—. Yo no tengo nada contra él. Pero su abuela, no hace ni quince años, era la lavandera de nuestra casa. Él quedó huérfano muy pronto... Se crio en un ambiente no solo humilde, sino depravado.

—¿No es... eso muy grave?

—¿No me pides que te diga quién es?

Era verdad.

Asentí con un breve movimiento de cabeza.

—Empezó de botones en una casa comercial, y hoy es el intérprete administrador, subdirector y casi dueño de la misma. Pero sus costumbres siguen siendo las de un muchacho de barrio. Bebe, juega... No es recomendable.

Como llegaban más invitados, Romy, que dicho sea de paso, estaba hecha una preciosidad con su atuendo de fiesta nocturna, se apresuró a despedirse.

—Tengo que dejarte —me susurró al oído—. No te olvides de que soy la anfitriona y que Raf es muy despreocupado para estas cosas. Ahí cerca tienes a tu pandilla, y no muy lejos de ti, a Steve. Ese es el hombre que te conviene.

—¿Y el amor? —pregunté yo un tanto retadora, y es que entonces aún lo era un poquito, porque no estaba enamorada—. ¿Para quién lo dejas? Tú elegiste al hombre que amabas. ¿Por qué tengo yo que casarme con Steve Nef, si no le amo?

—No te obligo —dijo Romy riendo—. Te doy mi parecer.

—Que es el de Raf.

Me miró un segundo dubitativa.

—Sí —admitió luego—. Sí. Es el de Raf. Pero yo, particularmente, lo que deseo es que, si te casas, lo hagas a tu gusto. Pero mírate bien. Un matrimonio es como una aventura o una lotería. Si no eliges bien, es como si te tocara la lotería y lo gastaras en futilidades. Y si quieres que te sea más franca, añadiré que si te gusta Lex Tryon, pues así se llama el hombre que no cesa de mirarte, cometerás un terrible disparate. Está demasiado mimado por las mujeres y se considera algo así como un gallito. Los tiempos actuales ya no se parecen nada a los precedentes. Hace veinte años, por nada del mundo se le invitaría a una fiesta de estas a un hombre de esa raza. Hoy está encumbrado y todos parecen ignorar que hace solo unos años andaba con las narices sucias y las piernas y las ropas desgarradas. Y nadie ignora, pese a cuanto le halaguen, porque es guapo y buen mozo y tiene un puesto elevado, que es nieto de una mujer que lavaba las suciedades de todo el mundo, y que por las noches salía a ganarse la vida por los barrios bajos, en cafetines y bailes.

—Eres demasiado cruel al catalogarlo.

—Real únicamente. Te pregunto. ¿Es agradable eso?

Y te repito: ten cuidado. Cuando una conoce a un hombre y se parapeta, nunca se enamora. Pasa el tiempo, pero nunca piensa seriamente en el matrimonio.

—Romy, en este instante me estás pareciendo inhumana, tú, que siempre fuiste la humanidad misma.

—A veces tenemos que ser inhumanos, o parecerlo, al juzgar a cierto prójimo, si deseamos evitar males mayores. No puedo detenerme más, querida Marie. Están llegando los invitados y Raf parece enfrascado en una discusión de arte con lord Maxwell.

Se alejó sin que yo la retuviera e, inmediatamente, estremeciéndome sin saber por qué, vi que Lex Tryon se excusaba con sus amigas y, lentamente, con su andar indolente, que luego fui conociendo tan bien, se acercaba a mí...».

VII

«—Nadie nos presentó —dijo, con una gracia que me maravilló—, pero yo sé quién es usted y estoy seguro que usted sabe quién soy yo.

—Por supuesto —dije tímidamente.

Y como una tonta me ruboricé.

Tengo ese terrible defecto. Aún hoy, después de tanto tiempo, sigo ruborizándome cuando él se acerca a mí y me dice esas cosas que suele decir a media voz, y cuando busca mi boca, y cuando me funde en sus brazos, y cuando me hace suya...

No lo puedo remediar. Quisiera poder, pero no me es posible.

En aquel instante, él se inclinó hacia mí y me dijo quedamente, con un acento de voz que luego fui conociendo, como la mía propia:

—¿Bailamos? ¿O no sabes? —se echó a reír suavemente—. Yo no soy un perfecto bailarín. Apenas si sé dar dos pasos de pasodoble, y esto no lo es.

—Sé bailar —dije yo con la misma timidez—, pero prefiero no hacerlo.

—¿Un paseo por el jardín?

Acepté.

Vi los ojos de Romy censurándome y vi asimismo que Raf dejaba de prestarle atención a lord Maxwell para fijar sus ojos desconcertados en mí, pero yo, pese a mi timidez, alguna vez, cuando lo considero lógico, sé ser muy tenaz. No en vano soy hermana de Romy.

Me colgué del brazo de Lex Tryon y atravesé el salón de parte a parte, en dirección a la terraza.

—¿Nos sentamos o prefieres seguir paseando?

Me tuteaba.

Era joven y guapo, y sobre todo con una virilidad estremecedora. Yo, que me perdonaran Romy y Raf, pero acepté el tuteo, y con más audacia, murmuré:

—Si no te importa, prefiero pasear por el jardín.

Era verano y hacía una noche deliciosa. Apacible hasta el extremo de que no se movía la hoja de un tilo. La casa de Raf y Romy era inmensa. Tiene grandes parques y una avenida magnífica, y unos jardines muy bien cuidados.

Aquella noche todo estaba lleno de farolillos y me encantó pasear bajo la luna con un tipo tan fantástico como aquel, para lo que yo consideraba mi pequeñez sentimental y casi física.

Además, no podía pensar que un hombre pudiera cortejarme por mi fortuna. Carecía de ella, y eso nadie lo ignoraba en Lansing y casi todo el condado de Ingham, y estaría por asegurar que ni

en todo el estado de Michigan se ignoraba aquel detalle.

Por tal motivo, no solo me sentía satisfecha, sino profundamente halagada, porque vi por mis propios ojos que Lex Tryon, pese a su origen humilde y hasta mezquino, era codiciado por las mujeres más ricas y mejor relacionadas de la ciudad.

—Te he visto muchas veces —dijo él de súbito.

—¿Sí?

—Sí. Perteneces a ese grupo que van al tenis-club todos los días. Es un lugar —añadió riendo— que no es accesible a todo el mundo.

—No creas que me divierto allí —dije, evasiva, por decir algo.

—También sé que te pretende el ricacho de Steve Nef.

Aquello me pareció algo grosero. Algo que no me dirían ninguno de mis amigos, pero lo pasé por alto.

¡Tantas cosas se le podían pasar por alto a Lex Tryon!

Él, ajeno a mis pensamientos, o importándole estos un bledo, continuó:

—Siempre me fijé mucho en ti, y apuesto a que tú ni te diste cuenta.

No supe qué decir.

Para los efectos, yo acababa de conocerlo. Si algo recordaba de él, eran sus narices sucias y sus ropas desgarradas y sus tobillos renegridos.

El hombre que era Lex me era totalmente desconocido.

Ante mi silencio, él murmuró:

—No creas que eso tiene mucha importancia. Una chica como tú, es lógico que no vea a un hombre como yo.

Yo consideré todo lo contrario. Una chica de veinte años no podía pasar junto a Lex sin fijarse en él, pero es que yo no le vi jamás hasta aquel instante, y la ciudad no era Nueva York, ni siquiera Boston. Era una ciudad de unos cien mil habitantes y pico, pero mi centro social, por lo visto, estaba muy por encima del de Lex.

No lo dije. Noté que era parlanchín y preferí que él lo dijera todo.

—Pasas todos los días, a las cuatro de la tarde, en un auto deportivo, hacia el tenis-club.

—Es el auto de mi hermana —dije a lo simple.

Él volvió a reír.

Tenía una risa extraña. Mezcla de desdén y admiración. Una risa que fui oyendo después, día tras día, hasta metérseme en la sangre.

—Te veo desde mi atalaya del Club de Campo. Allí tengo yo mi pandilla.

—¡Ah!

—¿Quieres salir mañana conmigo?

Me pareció que corría mucho, pero yo tenía casi veinte años y estaba deseando salir de casa de Romy y encontrar, como ella, el amor y la ternura de mi propio hogar.

—Bueno —admití.

—Vete a pie, y al pasar por el club, saldré yo. Es domingo, podemos ir al cine o a pasear. Tengo un auto parecido al de tu hermana.

Salimos.

Aquel día apenas si hablamos mucho más. De banalidades, cosas que no tenían trascendencia alguna.

Al día siguiente hablamos un poco más.

Pero él no tocó el tema de su infancia ni el de su adolescencia, ni el de su empleo actual. Habló de mí, de lo mucho que le gustaba y de que era diferente a las demás chicas.

Nos citamos para el día siguiente a las siete de la tarde. Dijo que iría a buscarme a casa en su auto, y yo, huyendo de la mirada de Romy y de la adustez de Raf, y de los ojos almibarados de Steve Nef, corrí hacia la calle cuando vi su coche estacionado junto a la acera.

Atravesé corriendo todo el parque, y cuando llegué a su lado, casi jadeaba. Recuerdo que vestía un traje de chaqueta blanco y sin blusa debajo. Falda estrecha y chaqueta corta, zapatos azules de finas tiritas y bolso del mismo color. Mi pelo rojizo lo peinaba hacia arriba, lo cual me hacía mayor de lo que era, cosa que yo precisamente deseaba, y brillaba bajo los refulgentes rayos de sol.

Él, riendo, abrió la portezuela sin descender. Yo me colé dentro y él tardó un poco en poner el auto en marcha. Sus claros ojos me miraban insistentemente, hasta que yo me ruboricé.

—Estás... preciosa —me dijo, con un tono de voz que no olvidaré.

Y en días sucesivos continuamos saliendo, hasta que una tarde, poco antes de que su coche se estacionara ante el palacete de Raf, hallándome yo apoyada en la ventana en espera de su llegada, sentí los pasos de Romy y su voz un poco ronca...».

* * *

«—Hoy se retrasa un poco —dijo Romy de modo raro.

Me volví en redondo.

Yo adoraba a Romy, pero también amaba a Lex.

Llevaba saliendo con él más de un mes y estaba, como quien dice, loca por él.

Romy, que tenía más experiencia que yo, debió notar lo, porque suavizó un poco su tono, se acercó a mí, me asió de la mano y me llevó a su lado hacia el canapé. Me sentó allí, y sin soltar mis dedos, que temblaban dentro de los suyos, susurró:

—Ya sé que le amas. Yo no puedo oponerme, Marie. Si lo hiciera, iniciaría el ataque la misma noche de tu presentación en sociedad, cuando te vi salir en su compañía. Sé que tengo el deber de hablar claro, de decirte lo que me parecen esas reflexiones y lo que pienso de mister Tryon. Después... haz tú lo que quieras.

—Es bueno para mí —dije, como una tonta tímida que no sabe hallar frases para defender su causa.

—Ya. Ser malo contigo sería monstruoso. Pero ten presente, Marie, una cosa sumamente importante. El amor lo sentimos todos; más tarde o más temprano, nadie escapa a esa sentencia física y sexual. Unos lo dicen y otros se lo callan. Unos se casan y otros se quedan solteros, pero todos, repito, un día u otro, sienten el amor.

—Romy..., no sé adonde vas a parar.

—No te voy a soltar un sermón. Sería impropio de mí y de mi humanidad. Solo pretendo que, siendo sensata como eres, me escuches un rato y asimiles cuanto te diga, y después obres en consecuencia. Apuesto a que Lex Tryon no viene hoy a buscarte. Es jueves. El día que todos los hombres buscan a sus novias, y el día, asimismo, que muchas pandillas de muchachos se reúnen

para jugar o beber. Vengo observando que hace un mes sales con él todos los días, excepto los jueves. No te advierte que no llegará, pero no llega. ¿Sabes por qué?

—No..., no digas eso. Él vendrá. Me lo dijo ayer.

—No vendrá, Marie. Lamentándolo mucho, tengo que decírtelo. Y si quieres saber dónde está, solo tienes que pasar por el Club de Campo y le verás en torno a una mesa jugando al póquer con todos sus amigotes.

—No..., no —gemí yo, ocultando el rostro entre las manos.

Romy me las quitó y me acarició el pelo.

—No es una costumbre pasajera, Marie —me dijo bajo, con súbita firmeza—. Es un vicio. Un terrible vicio. Eso y beber. Empezó a subir. Jugando cuando era un niño, cuando realmente debiera ser un niño, pero ya era un hombre maduro sin años. Empezó a jugar con sus jefes. Era listo y vivo como una centella. De simple botones pasó a la oficina y luego a la sección de intérpretes, y más tarde a la administración. No tiene dinero ni una sola acción en la compañía, pero es un hombre con una inteligencia natural muy superior, y sabe persuadir a los compradores. En el negocio de importación y exportación, es como una reina en un tablero de ajedrez. Sin ella, nada se hace. Ese es el triunfo de Lex Tryon y su elevada posición en nuestra sociedad. Nadie desconoce su valía, pero los que le conocemos, bien sabemos que si fuera como tenía que ser, hoy tendría en su poder la mayoría de las acciones del negocio. ¿Sabes por qué no las tiene, Marie?

—Oh, por favor, cállate.

—No puedo ni debo.

—Es Raf quien te induce a hablarme. Raf, que nunca pudo tolerar mi intromisión en tu casa.

Romy me miró censora y yo, no sé por qué, me apresuré a pedirle perdón.

Romy me acarició el cabello.

—Te disculpo, Marie. Te disculpo siempre, hasta tu amor por Lex Tryon te disculpo. Y temo que, pese a cuanto yo diga, terminarás casándote con él, y eso es lo que más me duele. No serás feliz. Y no porque Lex sea un malvado, sino porque es un vicioso, y entre sus vicios y tu amor, siempre ganará lo primero.

—Yo te aseguro...

Romy levantó la mano pidiéndome silencio.

—No asegures nada —cortó al mismo tiempo—. Por favor..., no asegures. Yo sé lo que tú sientes y sé, asimismo, lo que estás dispuesta a dar. Cuando las mujeres nos enamoramos, siempre creemos que el amor lo subsanará todo, y después comprobamos que no es así. Te decía —añadió bajo, como persuadiéndome— que Lex Tryon no viene hoy a buscarte porque estará jugando en el Club de Campo. Y te decía, asimismo, que si no tiene acciones en esa compañía que tanto significa para todo el estado de Michigan, es porque se lo jugó en la mesa de póquer.

—Oh, Romy, qué daño me haces.

—Lo sé. Pero es que prefiero hacértelo ahora y no esperar a que tú llegues a un punto peligroso, del que luego no tendrás voluntad para escapar. No le censuro porque carezca de antecedentes sociales elevados. Ni siquiera que su abuela haya sido una mujer de la calle. Ni que su madre haya muerto en un garito indecente. Ni que su padre haya sido un borracho. Un hombre puede salir de un antro y llegar a las más altas esferas sociales. No, Marie. Yo le censuro que él sea un vicioso del juego y la bebida, y que no sepa conservar un centavo de sus numerosas ganancias. El hecho de que las chicas de la ciudad anden a su caza, como se dice vulgarmente, no

significa que sea un semidiós. Es un hombre, y a cierta edad, la mujer solo ve en su marido al hombre guapo y arrogante, lleno de virilidad. Después, más tarde, con el hastío y la costumbre, viene la humillación y la verdad. Y de esa verdad, Marie, yo te aseguro que no escapa nadie.

—Yo le amo.

—Y yo no voy a impedir que te cases con él. Pero el día que lo hagas... será el más doloroso de mi vida. Si él rectificara su vida un tanto..., ¿cómo te diré?, liviana, licenciosa más bien, estaría contenta. Raf no pertenece a una familia social encumbrada. Pero es un hombre decente, y pese a mi aristocracia, él sabe ser superior a mí. Eso es lo esencial. No basta serlo, Marie; hay que demostrarlo. Ni tú ni yo estamos en situación de tener en cuenta los prejuicios de raza, ni aun conservando todo nuestro patrimonio yo lo haría. Soy demasiado real para vivir en un sueño que ya pasó a la historia. Pero, por Dios, elige un hombre que te dé seguridad. Nadie está libre de una equivocación, pero al menos que esta no se lleve ya por delante. Es terrible después... pensar que uno ya sabía que iba equivocado.

Romy siguió hablando durante horas. Porque, en efecto, Lex no pasó a buscarme aquella tarde. Yo la escuché, y cuando me retiré a mi cuarto, quizá Romy creía qué estaba totalmente convencida, pero no lo estaba. Yo amaba a Lex y no tenía voluntad para olvidarlo.

Al día siguiente por la tarde, ya anochecido, Lex me besó por primera vez.

Fue así...».

* * *

Nancy despertó a Marie de su lectura. Tan embebida estaba, que ni siquiera se fijó en la hora que era.

—Señorita, Marie, ¿no toma algo? ¿Sabe la hora que es?

Cerró el libro precipitadamente y lo ocultó bajo la sobrecama. Saltó del lecho.

Tenía el vestido gris perla arrugado y los zapatos en el suelo.

Corrió hacia la puerta y la abrió de par en par, aún con los ojos un poco desorbitados de leer.

—¿Qué pasa, Nancy? —preguntó, alarmada.

—Nada —dijo la fámula, un tanto asombrada de aquel sobresalto juvenil—. ¿Qué va a pasar? Pasa únicamente que son las ocho de la noche y usted no merendó.

¡Cielos! Las ocho, y ella se había pasado la tarde tumbada en el lecho, leyendo lo que cerebralmente recordaba por demás.

«Soy una tonta —pensó—. ¿No lo he vivido? ¿A qué fin anhelar con esta fuerza evocar escenas, hechos y cosas retrospectivas que viví por mí misma?».

—Sí, tarde —dijo. Y después, tras un titubeo—: ¿No llamó el señor?

—No.

—Bajaré luego, Nancy.

—Se pasa el día sin salir de casa —murmuró Nancy, reprobadora—, y va usted a entumecer.

—Sí. Pero me gusta... el hogar.

Nancy se alejó rezongando.

—¡Sola! Si fuera usted al menos hasta casa de la señorita Romy...

No contestó. ¿Para qué?

Pero casi en aquel momento sonó el timbre del teléfono.

Nancy retrocedió sobre sus pasos y se perdió en la salita. Al rato salió.

—Es el señor.

Se estremeció de pies a cabeza.

Corrió hacia la salita pensando: «Me llamará para que me reúna con él. Iremos al cine o a pasear en auto como en aquella época. Y allí en lo alto... detendrá el coche y se volverá hacia mí, y yo me ruborizaré y él buscará mis labios y perderá sus manos en mi pelo y me dirá aquellas cosas...».

Llegó jadeante al diván. Asió el receptor al tiempo de sentarse.

—Dime.

—Hola, cariño.

—Hola. ¿Vas a venir a buscarme?

—Lo siento, Marie querida. Se me hace tarde y tengo una cita con mis amigos. Iré tarde. Acuéstate, ¿eh? No me esperes levantada. Hasta luego, cariño.

Marie no fue capaz de pronunciar palabra.

Apretó los labios y quedó con el auricular en la mano, oyendo el chasquido que hacía el aparato al otro extremo al colgarse.

VIII

Cayó sobre el lecho como un fardo.

Estaba segura de que no deseaba volver a leer, pero sus dedos, como inconscientes, buscaron la sobrecama y, bajo ella, tocaron aquel objeto de tapas de piel que un día, no hacía mucho tiempo, fue como un amigo entrañable en su desconcertada vida.

Ni ella misma se dio cuenta de que lloraba, hasta que sobre la letra menuda y apretada cayeron dos gotas gordas, embadurnadas de tinta.

—Soy tonta, tonta... —susurró a media voz, como mofándose de aquel dolor suyo tan íntimo que la hacía llorar.

Limpiólas de un manotazo y empezó a leer. Lo hacía con ansiedad, como si pretendiera así huir de sí misma y de sus pensamientos e incluso de la intensidad dolorosa de aquellos jueves que empezaron siendo amargos cuando solo era una novia, y continuaban amargando su vida de casada.

«No dormí aquella noche. La pasé tendida en la cama, con el pensamiento martilleante fijo en el jueves del día anterior, en el que esperé inútilmente al que ya era mi novio...

A la tarde siguiente, cuando vi el auto de Lex detenido ante la casa de Raf, allá al otro lado de la alta verja, no dudé un segundo. Dijera lo que dijera Romy, pensara lo que pensara Raf, yo amaba a Lex y no iba en modo alguno a hacer caso de los consejos de nadie.

Salí envuelta en un traje de chaqueta de hilo color *beige* y atravesé el sendero, sabiendo que Romy quedaba tras de mí, apoyada en el ventanal, furiosa por mi desobediencia y triste por mi terquedad.

Yo también iba furiosa.

Furiosa contra Lex, por no haber acudido el día anterior. Pero estaba segura, y esto era lo lamentable, de que al llegar a su lado no sería capaz de hacerle reproche alguno.

—Hola, gatita —saludó él, sin descender del auto, inclinándose hacia la portezuela derecha para abrirme.

Yo me deslicé dentro sin responder, ruborosa, temblando como una criatura. Y es que aquel hombre, con su talla, su facha, su virilidad y su mirada profunda, me anulaba por completo.

No dije nada ni él tampoco. Por delante de mí extendió la mano y cerró de golpe la portezuela.

En otra ocasión, hubiera retirado la mano rápidamente para fijar los dedos en el volante, soltar los frenos y alejarse de allí.

En aquel instante no lo hizo. Me miró así, de lado, metiendo la cabeza bajo la mía y dejando sus dedos abiertos en mis rodillas. No sé lo que pasó por mí. ¡Oh, no, no lo sé!

Era la primera vez que un hombre me tocaba, porque hasta la fecha, ni el mismo Lex lo hizo jamás.

Nuestras relaciones, hasta aquel momento, fueron, se diría, de sondeo, de tacto, de conquista por parte de él, de éxtasis por la mía. Pero todo dentro de una pureza y espiritualidad maravillosas.

No sé por qué, intuí que a partir de entonces no sería igual. Que lo nuestro iba a entrar en una fase intensísima.

—Gatita —me dijo, quedamente—. Gatita, no sé qué haces para estar más guapa cada día.

Yo debí ruborizarme, porque él, así como estaba, con la mirada sobre la mía, ardiente y quieta, susurró bajísimo, con una voz que me estremeció de pies a cabeza:

—Me gusta tu rubor... Enciende cuanto de sereno hay en mí.

Yo debí estremecerme en aquel instante, porque él, riendo de aquel modo peculiar, deslizó sus dedos por debajo de la manga de mi chaqueta.

—Lex... —susurré—. Lex..., nos van a ver.

Él debió comprender que, en efecto, podían vernos desde los ventanales de la casa de Raf, porque dejó de acariciar mi brazo y fijó los dedos en el volante. Pero aún no puso el auto en marcha.

Bajo, muy bajo, me dijo casi al oído:

—Hoy te besaré... No voy a poder pasar sin hacerlo.

Yo sabía que lo haría y que no podría negarme a sus besos, y casi horrorizada, me di cuenta de que los ansiaba como nada en el mundo había ansiado.

Condujo el auto hacia el Club de Campo. Estaba este situado en un descampado. Tenía grandes pistas, un edificio enorme y un campo de golf interminable.

—¿Bajamos? —me preguntó, deteniendo el auto.

—¿Ahora? —me agité yo.

Él empezó a reír de aquel modo.

Me turbaba su risa y me empujaba y me dejaba casi exhausta.

—¿Por qué no? No ha empezado aún a oscurecer y tenemos tiempo de dar un paseo por la orilla del bosque. ¿O prefieres que vayamos a mi apartamento?

Yo no quería ir a su apartamento.

Tenía miedo de la soledad con él. Sí, empezaba a tener miedo, porque intuía su intensidad pasional y mi cortedad para rechazarla, porque en el fondo la sentía palpar igual que él.

Lex descendió y me llevó de la mano por el bosque. Me enseñaba el riachuelo que corría por la orilla, casi rozando la maleza que separaba el bosque de la carretera. Los altos pinos verdosos y el prado cubierto de hierba, por la cual nuestros pies se enterraban.

Al llegar a un trozo de bosquecillo, donde los pinos crecían endebles, él tiró de mi mano y me atrajo hacia su cuerpo.

—¡Oh! —exclamé yo ahogadamente.

Él me miraba. Muy de cerca, de modo raro, como nunca me miró hasta aquel instante.

Sé que cerré los ojos y pensé que era feliz, feliz, feliz...».

* * *

—La cena está servida, señorita —dijo Nancy, desde el otro lado de la puerta.

Se sobresaltó.

Cerró el cuaderno, dejando un dedo dentro, señalando la página, y parpadeó muchas veces antes de responder. Aún tuvo Nancy que volver a decir:

—¿No sale, señorita Marie?

—Sí, sí... Ahora mismo.

—Se enfriará la comida si tarda.

No tenía deseo alguno de comer.

Pero aun así, echó los pies fuera y buscó, sin mirar, los zapatos.

«Desde aquel día..., todos los días me besaba.

Tenía que casarme con él. Romy debió adivinarlo. Puedo asegurar que los jueves siguientes él acudió a buscarme, desvaneciendo así las débiles dudas que yo podía tener.

Un día, Romy me dijo:

—Por lo visto... vas a casarte.

—Sí. Iremos a vivir a su piso de soltero.

—¿No hay forma de evitarlo, Marie?

La miré asombrada.

¿Si había forma? ¿Cómo decía Romy aquello? ¿No sabía ella lo que era el amor?

Debió ver todas estas interrogantes en mis ojos, porque, con un suspiro, murmuró:

—Está bien. Te llevarás a Nancy...

Así quedó acordada y admitida mi boda.

Raf apenas si me miraba. El pobre Steve seguía mis pasos como un sonámbulo. Romy parecía muy agitada.

Una tarde, en su apartamento, después de besarme como un loco desquiciado y de corresponder yo a su pasión y su ternura, Lex me dijo:

—Tenemos que casarnos. Lo haremos el mes próximo.

Empezaba el invierno.

Raf nunca me dijo nada, pero una noche, cuando me despedía de Lex en el auto, al otro lado de la verja, pasó él y me esperó en la terraza.

Fue la única vez que vi algo humano en el marido de mi hermana.

Se acercó a mí, acortando la distancia que nos separaba, y me miró fijamente. Yo parpadeé.

—Oye..., parece ser que tu boda...

No le dejé terminar.

No le profesaba mucho afecto, por ser como era. Sabía que hacía feliz a Romy, pero para mí seguía siendo adusto y casi inhumano.

—Me voy a casar con él, y nadie podrá impedirlo. Si es eso lo que quieres saber, ya lo sabes.

—Me lo imaginaba. Soy como un cabeza de familia vuestra. Quisiera decir algo, no en contra de tus planes, sino a favor de tu buen razonamiento. No tengo nada contra Lex. Es más, casi puedo asegurar que no es malo, pero tiene ciertos vicios que le dominan y el amor para él, ante esos vicios, no significa mucho.

—Sé cómo es Lex.

Lo dije con firmeza, pero en el fondo me temblaba la voz.

Raf, por primera vez para mí, me hablaba como lo haría un padre o un hermano, y ello me produjo una extraña y honda emoción.

—Marie..., yo siempre te he querido bien, pese a lo que tú has supuesto.

Era sorprendente, y toda mi sensibilidad se agitó. No supe lo que hice, o quizá necesitaba hacerlo. Me incliné hacia él, puse mi cabeza en su hombro y Raf me acarició el pelo, diciendo quedamente:

—Le amas demasiado. No se puede amar tanto y tan fielmente.

—Tengo..., tengo que casarme con él. No sería capaz de vivir sin su compañía.

—No te hará feliz, Marie. Pero tú eres buena, cariñosa, sana de verdad, y muy joven. Quizá logres tú lo que la razón no ha logrado en él. Cásate si así lo necesitas, pero yo... no confío en Lex, y perdóname que sea tan sincero.

Corrí hacia la casa y me oculté en mi cuarto. Nadie vino a reclamarme, ni nadie, ni siquiera Romy, interrumpió mi ahogado llanto. Necesitaba llorar, y aún hoy ignoro por qué.

Me casé poco después, y realicé el viaje de novios más maravilloso del mundo. Aprendí en pocos días miles de cosas que ignoraba. Me sentí arrebatada y loca en los brazos de Lex, y sentí una laxitud indescriptible y a la par una ternura que me conmueve aún.

Lex no me abandonó en ningún momento. No fue a jugar ni a beber. Siempre estaba a mi lado. No se cansaba de besarme. Sé que me adora. Y que si ahora me deja es por inconsciencia. No se da cuenta del daño que me hace...».

El cuaderno terminaba allí.

Ella levantó la cabeza.

Miró a lo lejos.

Sentía los pasos de Nancy por el pasillo, de nuevo en dirección a su cuarto. Cerró el diario, lo llevó al fondo del cajón del tocador, cerró de llave y ocultó esta en un tarro de crema vacío.

Después miró hacia la puerta.

—Señorita Marie...

—Ya voy.

Y pensó, al tiempo de caminar con firmeza hacia la puerta:

«Hoy, cuando él regrese, se lo diré. Le diré que me hacen infeliz sus salidas, sus juegos, sus tertulias, y le diré también que odio los jueves de cada semana. Sí, se lo diré... Hoy..., hoy...».

Abrió la puerta.

—Ya estoy aquí, Nancy.

—Se le enfriará la comida.

* * *

Entraba en la salita cuando sonó el timbre del teléfono.

Corrió hacia la esquina del diván, próxima esta a la mesita del aparato.

Asió el auricular.

—Dígame.

Y aún tuvo la leve esperanza de que fuera Lex, arrepentido de haberla dejado sola.

—Marie...

Era la voz ahogada de Romy.

Apretó los labios.

—Dime..., dime, Romy.

Y una lágrima rebelde resbaló de sus ojos y, silenciosamente, se deslizó por su mejilla.

—Estás sola...

No contestó en seguida.

—Marie...

—Sí.

—Raf acaba de llegar. Yo le pedí que diera una vuelta por el Club de Campo. Tu marido está perdiendo una fortuna que no tiene. Está bebido...

—¡Oh!

—Marie..., tienes que poner coto a esto. Tienes que decirle...

La jovencita se agitó como si mil demonios la impulsaran.

—¿No te das cuenta? —casi gritó con histerismo—. Él no es responsable de lo que hace. Le domina esa fuerza interior contra la que ni él mismo puede luchar. Sabes que me ama, me ama con desesperación, pero...

—Dile tú lo mucho que le quieres a él. Lo mucho que te duele que lo haga. Si él no puede, que se ponga en cura. Que haga algo, pero... por favor, que cese en sus vicios. Que recuerde que tú estás ahí, esperándole. Marie, muchachita, no te dejes dominar por la desesperación. Tienes que hacer algo para evitar todo eso.

Marie susurró quedamente, como si fuera a estallar en sollozos:

—Pensaba decírselo hoy, pero si está... bebido, no podrá escucharme.

—Mañana, cuando esté sobrio y se dé cuenta de que se jugó el sueldo de varios meses, tendrás que hablarle. Amenázale. Dile que le abandonas...

—¡Nunca, jamás le abandonaré!

—¿Qué clase de mujer eres, Marie? ¿Es que vas a soportar una basura a tu lado solo porque no puedes prescindir del hombre? ¿Y de qué va a servirte ese hombre si dentro de nada será un asqueroso alcoholizado?

—Romy..., no me hables así.

Hubo un silencio.

—Perdóname, querida mía. Perdóname. Estoy tan contrariada, que no sé lo que me digo. Por favor, Marie, reflexiona... No puedes soportar ese estado de cosas. Lansing es una ciudad pequeña y todo el mundo sabe lo que ocurre en casa del vecino. Se comenta. Se dicen cosas desagradables de Lex, pero eso no es lo que realmente importa ahora. Importas tú más, y él..., y vuestro matrimonio, que está al borde del abismo.

—Tengo que pensar, Romy —sollozó Marie—. Mañana iré a tu casa. Ya te diré lo que hablamos..., si es que podemos hacerlo.

—Te dejo ya, Marie. Haz lo que quieras. Lo único que me queda por decirte es que tanto Raf como yo estamos aquí para ayudarte. Sabemos que puedes pedir el divorcio cuando quieras. Dado su modo de ser... te lo concederían en dos meses.

—¡Cállate! ¡Jamás haré eso! ¡Jamás!

—Eres tan niña... No te das cuenta de la trascendencia que esto puede tener. Es grave para vuestra intimidad y para vuestro amor. Tú aún quieres en Lex al hombre arrogante y viril...

Suponte que pierda todo eso...

—¡Cállate!

—Supóntelo, Marie.

—¡Oh, Dios mío, Romy, cómo me hieres!

—Pretendo sacarte de tu letargo y uso el lenguaje que más pueda dolerte. Es así como defenderás tu felicidad. Pasivamente, no. Nunca se consiguió nada sentándose en una silla a esperar. Hay que salir al encuentro y luchar, y llorar si es preciso, y morderse las uñas o doblegar los sentimientos. No olvides eso. Estás acostumbrada a que te lo den todo hecho. Esta vez nadie puede ayudarte. No te pido que le abandones, pero que, como esposa, pongas los puntos sobre las íes si es necesario. De lo contrario, tú te precipitarás en el abismo con él, y después será mucho más lamentable. No olvides eso, Marie. Tienes en este instante a tu marido borracho, entre un grupo de hombres indeseables que no se casaron y que son unos resentidos que no toleran la felicidad que disfrutan los demás... En ese antro está metido tu marido, y si no lo sacas... lo lamentarás después.

—¿Ir yo... a buscarle?

—Yo lo haría. Eso es lo que yo haría.

Y colgó.

Ella lo haría... Romy, sí. Marie no podría hacerlo jamás.

IX

Oyó el ronco motor del auto.

Como un autómatas se puso en pie, y a oscuras fue hacia el ventanal. Levantó el visillo. Miró hacia la calle.

Era el auto de Lex, pero no lo conducía él. Dos hombres saltaron al suelo y sacaron un cuerpo del auto. Lo condujeron hacia la casa y lo metieron en el portal.

Marie, sujetándose el corazón con las dos manos, se dirigió a la puerta de la calle. Vio a Nancy envuelta en la bata, al fondo del pasillo, con los ojos muy abiertos.

Le dio rabia.

Rabia de que Nancy supiera lo que hacía Lex, de que le viera llegar con dos amigos, humillado y borracho.

—Váyase a la cama —ordenó, cosa impropia en ella.

Nancy giró rápidamente y se perdió en la alcoba, blanca como el papel.

En seguida oyó pasos que salían del ascensor y un timbrazo nada discreto.

«Serénate, Marie, se dijo a sí misma. No pierdas el control de tus nervios».

Y como si una fuerza interior la fortaleciera, abrió la puerta.

—Buenas noches —dijo sarcásticamente uno de aquellos hombres que sujetaban el cuerpo casi inanimado de Lex—. Le traemos...

—Déjenlo ahí —cortó Marie, secamente.

Algo debieron ver en ella, porque depositaron a Lex junto a la puerta, por la parte de dentro, y se alejaron escaleras abajo sin decir palabra. Marie cerró la puerta y, asiendo a Lex por debajo de los brazos, con un valor y una fuerza que nunca creyó poseer, lo arrastró hacia el cuarto de baño.

Y así como estaba, vestido y todo, lo metió bajo la ducha.

Soltó esta. Mojó su pijama y su bata, incluso el agua le llegó al rostro, mezclándose con sus lágrimas, pero no tuvo ni un momento de desfallecimiento.

Lex, al sentir el agua fría en su rostro y en su cuerpo, se agitó como un conejo. Debió de recobrar el sentido de inmediato, porque abrió los ojos, miró en torno y, al verla a ella, se quedó con los ojos muy abiertos, fijos, inmóviles, en el rostro femenino, por donde el agua resbalaba.

—Marie...

—Creo que te has despejado un poco —dijo ella con ternura.

—Me has puesto... —se miró a sí mismo—. Me has puesto pingando.

—Lo necesitabas, Lex.

—¿Sí? Hipp, sí, seguro... —intentó ponerse en pie, pero no pudo—. ¿Me ayudas? Hipp —pasó los dedos por el cabello—. Hipp... Debo parecerle un absurdo pelele.

Marie no contestó. Le agarró por un brazo y le ayudó a incorporarse.

—Estoy pingando. Hipp, hipp... —volvió a hipar él—. ¿Qué diablos has hecho, Marie? ¿Crees que es esta la forma de atender a un marido?

—Estás bebido, Lex.

—¿Sí? —ya daba traspies por el cuarto de baño—. ¿Sí? ¿Lo crees? Hipp. ¿Dónde tengo mi batín?

Marie, con firmeza y una fuerza extraña en todo su ser, ya estaba inclinada hacia el suelo, quitándole los zapatos y los calcetines.

—Hipp... ¿Qué haces? Pero ¿qué haces...?

—Te ayudo, Lex.

—Hum...

Luego le ayudó a quitarse los pantalones y fue a buscar un pijama. Ella estaba mojada, casi tiritaba, pues a las cuatro de la mañana ya la calefacción estaba apagada y el frío en la calle era intensísimo.

—Ponte eso. ¿No puedes? Te ayudo yo.

Lex, irritado, se lo quitó de la mano y procedió a vestirse. Después pasó los dedos por el pelo mojado y lo secó con una toalla. Hippaba, estaba aún bebido, y los efectos del alcohol no se habían desvanecido totalmente con el agua. Parecía un pelele indecente.

Pero Marie no vio eso. Marie le ayudó a ponerse el batín y luego ella misma le calzó las zapatillas.

Si algo había que decir, no creía ella que aquel fuera el momento.

—Ahora que ya estás listo, lo mejor es que te acuestes —dijo, resuelta—. Vete a la cama.

—¿Y tú?

—Estoy mojada. Voy a cambiarme.

—Hipp... Hipp...

Y salió dando traspies.

Marie se cambió de ropa con ademán automático. Sentía en su garganta una terrible opresión y en los ojos como un surtidor silencioso.

Tenía razón Romy. A aquello había que ponerle fin. Era la primera vez que le veía llegar así, y no estaba dispuesta a ser su hermana de la Caridad el resto de su vida. Ayudarle, sí, pero no de aquel modo.

Cuando penetró en la alcoba común, Lex se hallaba hundido en un diván, tapándose los ojos. Al sentir la puerta, gritó histéricamente:

—¡Esa luz! Apaga esa luz, que me hiere.

Marie, silenciosamente, fue hacia el conmutador y apagó la luz, encendiendo seguidamente la de la mesita de noche.

Después, en el mismo silencio, se sentó en el borde del lecho y se quedó inmóvil, se diría que muerta, contemplando absorta la figura como inconsciente de su marido.

No hubo frases, ni disputas, ni siquiera un velado reproche. Cuando se dio cuenta de que Lex dormitaba sosegadamente en el sillón, se puso en pie y le agarró por un brazo con sumo cuidado.

Y así, sin pronunciar palabra, tiró de él y le llevó hacia el lecho. Lex era como un fardo, se dejaba manejar como si nada le importara mucho. Y la verdad es que no le importaba nada.

Ella le quitó el batín, le metió entre las ropas del lecho y le besó en la frente.

Lex abrió un segundo los ojos.

Hubo en ellos como un parpadeo.

Y después su voz ronca, ahogada, susurró tan solo:

—Me desprecias mucho, ¿verdad, Marie?

Ella le compadecía tan solo, pero no lo dijo ni tuvo necesidad de ninguna otra respuesta, ya que Lex se durmió plácidamente.

Marie no se acostó. No era capaz de hacerlo en aquel instante. Allí, sentada junto al lecho, con las manos apretadas una contra otra, muda y estática, evocó en silencio su noche de bodas...

* * *

Romy, Raf, Steve, todos los invitados, la ceremonia, el banquete..., todo quedaba atrás.

¿Importaba mucho lo que quedaba atrás?

¿Importaba en realidad algo que no fuera Lex Tryon y ella?

Iban allí, en el interior del auto deportivo de Lex, camino de no sabía dónde. ¿Qué más daba? ¿Se tenía prevista una meta?

No. Iban rodando por la carretera, hacía frío, los cristales del auto tenían un vaho cálido, que impedía a veces la visibilidad. Y Lex, mirándola un segundo, le decía quedamente:

—Da ese botón. Así. Ya verás qué pronto se disipa el vaho.

Se disipaba en seguida, en efecto. Luego Lex le pasaba un brazo por los hombros, la apretaba contra su costado, y su mano, suave y acariciante, se pegaba a su barbilla y luego rodaba por su garganta, y después se deslizaba hacia el busto, y era entonces cuando ella agarraba aquella mano con las dos suyas, y Lex reía de aquella manera turbadora que tanto la intimidaba.

—Tonta, tonta... ¡Si soy tu marido! —Y después, muy quedamente—: ¿Dónde nos detenemos? ¿Tienes predilección por un lugar determinado?

Ella no tenía nada. Solo a él y donde él quisiera, y como quisiera, y cuando quisiera.

Sentía vergüenza.

Estaba casada con él y Lex era..., era... inquietante hasta el extremo. No se daba cuenta, pero lo era.

Después, no supo cuánto tiempo después, apareció un grupo de moteles al borde de la carretera. Ella vio las lucecitas rojas que pendían de las pequeñas puertas, y los autos estacionados en los aparcamientos, y los chicos vestidos de uniforme que vigilaban los moteles desde una garita.

—¿Aquí? —preguntó él, aminorando la marcha.

Ella parpadeó.

¿Allí? ¡Donde quiera!

—Aquí —volvió a decir él, afirmando suavemente.

Tan suavemente, que a ella le pareció que la besaba en la boca fugazmente.

Descendió él primero y después le dio la mano y la ayudó a bajar con cuidado.

Era jovencísima y tenía miedo. Por primera vez tenía miedo a lo desconocido. Al hombre, no. El hombre era... la máxima aspiración de su vida y sabía sonreír y mirar, y decía cosas...

Ya las decía allí dentro. En el motel pequeño, de un solo apartamento, pintado de colores suaves, con luces azulosas y sombras en las paredes.

Nunca tuvo valor para escribir todo aquello. Muchas veces se puso a hacerlo y le temblaban los dedos y los recuerdos, agolpándose, producían aquel loco enervamiento. ¿Podía ella odiar a Lex Tryon después de aquello? ¿Podía abandonarlo? ¿Divorciarse?

Se horrorizó ante la sola idea de tener que hacerlo.

«Le ayudaré. Le ayudaré siempre», pensó con intensidad, contemplando absorta la figura inmóvil que dormía. La cosa inútil que era Lex en aquel instante, tan distinto al hombre que ella conoció en su fiesta de presentación en sociedad, y después en sus tardes en el apartamento, y luego en el motel...

«Pero yo no puedo amarlo solo con el cuerpo —se dijo, horrorizada—. Tengo que amar con el alma, y si le amo con el alma, debo ayudarle. Pero... ¿me permitirá él esa ayuda, cualquiera que sea esta? ¿Me dará ocasión, fuerzas, valor para soportar estas humillaciones?».

No quería pensar en el futuro. Solo evocar el pasado y asirse a él y tomar fuerzas por él y pensar que aquello no fue un espejismo, sino una auténtica y maravillosa realidad.

Ya estaba allí, a su lado, perdida en su pecho, llena de vergüenza, pero también llena, rebosante de amor y ternura.

Él le decía quedamente en el oído:

—Si estás temblando.

¿Podía evitarlo? ¿Podía?

Era la primera vez que estaba sola con un hombre, y aquel hombre era su marido y tenía todos los derechos sobre ella, y lo que tanto soñó noche tras noche en sus soledades, se convertía de pronto en una realidad intensísima, que turbaba, que entontecía...

—¿Sabes? No soy un aristócrata como tú, pero te amo, y tú me amas, y... y...

Buscaba su boca. Y la besaba sin concluir la frase y se gozaba en aquel goce y se olvidaba de lo que iba a decir...

—Estás tan calladita...

Pero sentía su presencia. La sentía como nada sintió en la vida.

Él reía, con aquella risa suya íntima, inquietante.

—Te amé tan pronto te vi. Sentí que tenías que ser tú...

Cerró los ojos con fuerza ante aquella evocación.

Se hacía mujer... Sí, de golpe y porrazo, se hacía mujer en los brazos de un hombre hábil que empezó a vivir demasiado pronto.

Las lucecitas rojas de los moteles comenzaron a apagarse. Amanecía. Ella decía aún:

—Tenemos..., tenemos que seguir viaje.

—Claro que no. Nos quedaremos aquí todos los días que queramos... Todos los días.

Y se quedaron seis sin salir de allí.

* * *

También aquel día amanecía.

Sentía frío. Se arrebujó en la bata y, puesta en pie, caminó como sonámbula hacia el ventanal. Levantó el visillo.

Amanecía un día húmedo. Lloviznaba. El auto de Lex estaba allí, detenido ante la casa de pisos. Vivían en un quinto, apenas si se divisaba el color rojizo del capó.

Dejó caer el visillo y, al girar, se encontró con los ojos muy abiertos de Lex, fijos, inmóviles en ella.

—¿Qué hora es? ¿Por qué te has levantado tan pronto?

«No me acosté, Lex —pensó ella, sin abrir siquiera los labios—. Velé tu sueño pesado y estuve pensando en lo distinto que eres al hombre que pasó seis días conmigo en aquel motel del trayecto... de Lansing hacia Chicago».

—Pensé que llovía mucho —susurró evasiva—. Me levanté a ver...

—¿Qué hora es?

—Las siete apenas.

Lex sacudió la cabeza.

Estaba pálido y tenía grandes ojeras en torno a los ojos.

Ella pensó: «Se lo voy a decir. Sí, tengo que decírselo».

Pero no era capaz de pronunciar palabra.

—Debí regresar muy tarde —dijo él, pensativo, sentándose en el lecho y quedando inmóvil, recostado en el almohadón—. No recuerdo ni haber llegado a casa, ni haberme acostado. Debo ser tonto, porque no recuerdo haberte sentido a mi lado. Y en cambio, tengo como un velo ante los ojos que quisiera descorrer... —pasó los dedos por la frente—. Apostaría a que desperté varias veces y te vi ahí..., junto al lecho, sentada en ese sillón.

Marie no respondió.

Paso a paso había ido acercándose al sillón y, sentada en él, permanecía como estática.

—Marie...

—Sí, dime...

—Me emborraché como un cargador, ¿no es eso?

Marie parpadeó.

«Se lo diré ahora. Se lo diré...».

Pero solo supo decir:

—Sí, has venido..., has venido... Bueno —se agitó, emitiendo una forzada sonrisa—. Has venido...

—Sé cómo he venido. Me lo imagino. Lo siento, Marie. Créeme que lo siento.

—Yo espero que no..., que no... vuelva a ocurrir.

Lex se tiró del lecho y buscó las zapatillas con los pies, sin mirar, fijos los ojos en ella.

—Las tienes aquí —dijo Marie suavemente, entregándoselas.

Él, sentado en el borde del lecho, tardó unos segundos en agarrarlas.

Cuando lo hizo, se hubiera asegurado que sus dedos temblaban.

—Me desprecias mucho —exclamó roncamente—. ¿No es eso? Tú, la niña distinguida, ayudando a su marido borracho. ¿No es así, Marie? Ahora recuerdo que me metiste bajo la ducha. Recuerdo tus cabellos empapados y mi cuerpo tiritando y tus ojos inmóviles fijos en los míos —calzó las zapatillas y se puso en pie. Fue a buscar el batín. Metió los brazos por las mangas como

si estas fueran sus peores enemigos—. Lo siento —se volvió rápidamente—. ¿No dices nada? ¿Qué es lo que piensas de mí? Supongo que te habrán dicho que mi abuela fue una...

—Cállate, Lex.

—¿Y de qué vale callarse? No pienses que estoy enfadado contigo. Lo estoy conmigo mismo, con este estigma que me dejaron ellos.

Fue el momento que aprovechó Marie para decir suavemente:

—Lex... Podemos..., podemos irnos de Lansing y curarte en algún sitio.

Él la miró espantado. Como si hasta aquel instante no considerara que pudiera ser un enfermo del cuerpo, sino del alma.

—¿Qué dices? ¿Consideras que estoy enfermo?

—No, Lex. Pero..., pero...

—Me gustaría oírte hablar con firmeza, Marie. No soy capaz de soportar las medias palabras, ni las frases suaves cuando se deben decir claras y contundentes. Yo no nací en una cuna de oro, ni tuve criados, ni caserones añejos. ¿Qué importa que vosotros os hayáis arruinado? Para el mundo selecto de Lansing seguís siendo las Bach, las muy distinguidas Bach. Y yo siempre seré el nieto de la lavandera.

—Lex...

—Pero no creas, que eso me desquicia, ni me inquieta, ni me descompone. Lo que me destroza los nervios es haber sido un absurdo borracho ayer noche y haberte hecho daño.

—Lex...

—Vamos, vamos, Marie. Di cuanto pienses de mí. Olvídate del pensionado donde te educaste y la vida cómoda que has tenido siempre y olvídate también de tu madre distinguida y de tu padre caballero. Ahora estás casada conmigo, y yo prefiero que me digas las cosas como las piensas, sin subterfugios, ocultando la verdad de lo que sientes.

—Sé que no volverá a ocurrir, Lex. Eso es lo único que puedo decir.

—¡Mientes! Sabes que volverá a ocurrir un día cualquiera, porque mi sangre es licor y mis rabias ocultas se muerden así, se doblegan.

—Lex..., nunca pensé... que tú fueras un ser acomplejado.

—No tengo complejos. Tengo amarguras amasadas con alcohol —de súbito se echó a reír—. No me hagas caso, Marie. Soy un tonto. Me duele haberte... lastimada. Ten por seguro que trataré de evitar que vuelva a ocurrir.

Pero sabía ya que no podría evitarlo, y que aquella mujer, cada día, era más necesaria en su vida y a la vez... su impotencia le hacía verla terriblemente lejana.

Por eso, como si luchara con el fantasma de aquello, fue hacia su mujer, la asió por un brazo y la levantó hacia él.

—Marie..., Marie..., lo único verdadero de mi vida eres tú.

¿Si adivinó Marie su ansiedad?

No.

No estaba madura aún para conocer al hombre hasta ese extremo. Solo supo que tenía que elevar los brazos y cruzarle el cuello y gritar en su boca que le ayudaría hasta morir y que nunca dejaría de quererle.

Pero Lex, al rato, la soltó, se puso en pie y, como un beodo, echó a andar, como si le pesaran los pies, hacia el baño.

—Lex...

No se volvió.

No era capaz de decirle en aquel instante lo que le ocurría.

—Lex.

—Voy..., voy a vestirme... Tengo que ir a la oficina. Tengo que... llegar temprano.

No supo retenerlo. No quiso ni supo provocar una explicación.

Al rato regresó vestido ya para salir. La besó en el pelo y después levemente en los labios.

—No quiero hacerte daño, Marie. Perdóname.

Ella no supo qué contestar.

Le vio salir y subir al auto, y también, desde allí mismo, le vio regresar al mediodía a pie, absorto, como si le pesaran los pies.

¿Dónde había dejado el auto? Jamás le vio a pie, y de repente le asaltó un temor...

—Me voy a Detroit ahora —dijo, cuando estuvo ante ella.

Y Marie, no supo por qué, no se atrevió a preguntar por qué, a qué o cuándo volvería...

X

—¿M e oyes, Marie?
Sí. Marie la oía.

Estaba allí, en un rincón del salón, junto a la chimenea encendida. Tenía la vista fija en los leños restallantes y un cigarrillo en la boca, del cual fumaba a pequeños intervalos.

—¿Sabes a qué ha ido a Detroit?

—No —dijo bajo—. No sé nada. Solo sé que hace un mes que marchó y que no he recibido carta alguna ni llamada telefónica. Y sé también que la compañía no preguntó por él, lo cual me hace pensar que va comisionado por ellos.

Romy movió la cabeza dubitativa.

Se levantó de donde estaba sentada y fue al lado de su hermana.

—No quiero —dijo Romy bajo— que Raf sepa lo ocurrido. Has hecho bien viniendo a verme a esta hora en que Raf está en la tienda. Dime, Marie, ¿qué quieres que haga por ti?

La joven la miró con suma tristeza.

—Nada —dijo—. Nada. Después de mucho reflexionar, he llegado a la conclusión de que Lex se sintió muy humillado el día que yo le metí bajo la ducha. Estaba raro al día siguiente, y cuando regresó al mediodía, lo vi llegar a pie. Entró en casa y me dijo que se iba a Detroit, pero yo no me atreví a preguntarle a qué ni por qué, ni cuándo volvería. Y si hoy estoy aquí, a tu lado, hablándote de esto..., es porque esta mañana vi su coche conducido por uno de los hombres que le llevaron a casa aquella noche.

Romy se inclinó hacia adelante con súbita precipitación.

—¿Qué dices? ¿Es que sospechas que Lex se jugó su coche?

Marie asintió con un breve movimiento de cabeza.

—¡Oh, Marie!... ¿Qué piensas hacer?

—Nada. No lo sé. Por el momento, esperar a que Lex regrese, y después...

—No has provocado una explicación a su conducta, ¿verdad, Marie?

Negó lentamente, con aquella ingenuidad suya, abriendo mucho los ojos.

—Una mujer y un hombre —opinó Romy— no dejan de quererse porque uno de ambos hable de algo tan necesario como es la verdad. Lex está habituado a esa vida. La hizo casi desde que fue un adolescente, sin años. Fue hombre demasiado pronto y bebió siempre sin tasa. Fue a la vez un hombre enérgico e inteligente, pero llega un momento en que los sentidos se atrofian, y quizá ese momento llegó para Lex. Si él hizo esa vida por hábito, al casarse tenía que rectificar. Quizá no lo

hizo porque consideró que no tenía por qué hacerlo. Eres tú la indicada para decirle que estaba equivocado.

—Nunca..., nunca me atreveré.

—¿Qué clase de confianza tienes con él? —se espantó Romy—. ¿O es que tú eres una inútil sin personalidad?

—Romy.

—Perdona. Es que me sacas de quicio. Si un hombre y una mujer, después de casados, no tienen confianza uno en el otro, nunca podrán ser sólidas sus relaciones matrimoniales. También te digo que no son fáciles los primeros meses y a veces los primeros años, incluso del matrimonio. Ya sé que tú estás siempre dispuesta a hacer concesiones. Y yo me pregunto: ¿es eso conveniente? Según la clase de hombre que sea Lex. Y tú, querida Marie, me parece que apenas le conoces.

Se equivocaba Romy. Le conocía. Le conocía lo suficiente para darse cuenta de que la amaba y, por lo mismo, aquella actitud suya resultaba inexplicable.

Se puso en pie.

Llevaba junto a Romy, en casa de esta, más de dos horas hablando de lo mismo, sin hallar solución.

De repente, murmuró:

—¿Y si fuera a la oficina?

Romy la miró asustada.

—¿A qué?

—A preguntar por Lex.

—Estás loca. Sería como poner en pregón público vuestra vida matrimonial, y ese sería un error que Lex no te perdonaría nunca.

—Romy..., no puedo seguir así. ¿No te das cuenta? No sé si mi marido me abandonó, y hace tres meses escasos que nos casamos. Yo no tengo tanta voluntad como tú, ni tanta personalidad, ni siquiera tanta energía para dominar mis ansiedades.

—Pues tienes que esperar. En tu casa y hasta que Lex regrese y te dé una explicación a su... digamos capricho.

—Lex no es caprichoso.

—Entonces, querida mía, ¿qué es lo que ocurre? ¿Tiene una amiga? ¿Negocios que le impiden comunicarse con su esposa?

—Calla, calla.

Y su voz se agitaba en la garganta como un sollozo incontenible.

Romy le puso la mano en el hombro.

—Vete a casa. Reflexiona y después... espera. Es lo único que puedes hacer. Si estás segura del amor de Lex..., solo te queda esperar.

De súbito se despidió de Romy casi precipitadamente. Y la hermana mayor no pudo retenerla, porque nada podía hacer para consolar aquella silenciosa desesperación de Marie.

Esta cruzó el umbral y al traspasar la verja se encontró con Steve Nef.

—Marie... —exclamó aquel, maravillado de poderla ver otra vez—. Marie...

—Hola, Steve.

Él la miraba entre reprobador y triste.

—Tanto como yo luché porque te casaras conmigo, Marie... ¿Sabes? Siempre te esperaré. Sé que Lex no es capaz de hacerte feliz, porque eres demasiado sensible y Lex ignora lo que eso significa en una mujer.

Le odió.

Sí, sí, porque le decía lo que secretamente pensaba.

Ni siquiera se molestó en contestarle. Cruzó la acera y se perdió entre los transeúntes que pululaban por aquella zona residencial.

Al pasar ante el club vio a su antigua pandilla, que salía armando jaleo.

Se ocultó entre la gente. No quería ser vista. Le daba rabia que pensarán que no era feliz, que Lex no la merecía. Lex la merecía. Ella amaba a Lex por encima de todo.

Al cruzar la avenida vio un auto rojizo perderse por la carretera vecinal que conducía al Club de Campo. Y no lo conducía Lex. Lo conducía Ned Brisson, el hombre que le llevó a casa aquella noche y que en las oficinas de exportación e importación era un simple y vulgar subordinado de Lex.

¿Cómo era posible que Lex cometiera aquella estupidez? ¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Es que Ned estaba haciéndole una encerrona a Lex, para quedarse en su puesto?

* * *

—No acabo de entenderte, Lex. ¿Quieres ser más claro?

Lex, en su papel de hombre despreocupado e indiferente, se repantigó mejor en la butaca y fumó del largo cigarrillo con fruición.

—Te estoy hablando de un íntimo amigo, Albert. He venido a Detroit con ese fin. En Lansing me conocen todos los médicos y conocen también a mi amigo. He venido a verte, y al no hallarte en Detroit, esperé por ti, con perjuicio de perder mi empleo.

—Debiste llamarme. Nuestra amistad lo requería así. ¿Tanto aprecias a tu amigo?

—Mucho. Hasta el extremo de pedir permiso en la oficina para venir aquí. He hablado ayer con Ned Brisson, mi primer secretario. Dice que no tenga ninguna prisa en volver.

—¿Se trata de ese hombre?

—No.

—Bien, explícame otra vez lo que le pasa a tu amigo.

—Es bien sencillo... y al mismo tiempo no lo es. Él sabe lo que siente y lo que le ocurre, pero desconoce las causas.

—¿Qué le ocurre, Lex?

—Se ha casado. Ama con locura a su mujer, pero... Bueno —rio despreocupado—. Te lo imaginas, ¿no?

—No —dijo Albert, muy serio—. No me lo imagino. Si ama a su mujer, será feliz a su lado.

—No lo es. De repente, no lo es. Un hombre no puede vivir tan solo de contemplaciones espirituales, Al. Ese hombre..., mi amigo, no es tan... etéreo. Es un hombre de este mundo. Y se encuentra impotente para el matrimonio.

—Ajá... ¿Desde cuándo?

—De repente.

—De repente, no, Lex. Soy médico, me dedico a esa clase de enfermedades. Yo te aseguro que de repente no se presenta una cosa así.

—Mi amigo bebe bastante. Un día pilló una borrachera fenomenal... y se acabó el hombre. Y lo lamentable es que sigue acabado.

—No bebes bastante, Alex —cortó Albert, dejándole paralizado—. Bebes mucho... Llevas bebiendo años y años. Bastó una borrachera más fuerte que las otras, para destruirte.

—Al...

—Nos conocimos en el barrio, Lex. ¿No lo recuerdas? Yo tenía quince años, y tú, aproximadamente, dieciséis. Los dos estudiábamos como locos para salir de aquel antro. Tú odiabas a tu abuela, y yo odiaba a los míos... ¿Lo has olvidado?

Lex, el arrogante y decidido Lex que Marie conocía, estaba en aquel instante convertido en un payaso, mirando a Albert con desesperación.

—Al... —susurró atragantado, sin personalidad, sin fuerza, como una montaña convertida en lodo—. Has adivinado...

—Sé que te casaste con una de las Bach. ¿Te has olvidado ya de que te acompañé muchas veces a llevar la ropa al palacio?

—Olvídate de eso.

—Traté de olvidarlo cuando dejé Lansing, con el fin de matricularme en la Facultad de Chicago. Y no me bastó quedarme allí. Hui, como tú tratas de huir del pasado. Me he casado y soy hombre decente y feliz en Detroit. Es buena mi reputación como médico y como hombre, y poco a poco voy olvidando mi niñez y mi adolescencia. Es grave lo que te ocurre, Lex, y solo tienes una salida.

—¿Una? ¿Cuál? Amo desesperadamente a mi mujer, y no soy capaz de ofrecerle el espectáculo de mi inutilidad.

—Bien. Ponte en cura. Hazte el firme propósito de no beber más. No juegues. No pienses en nada. Es hora ya de que te consagres a tu hogar. Si nunca lo has tenido hasta ahora, Lex... ¿por qué buscas o aceptas la pandilla indigna de tus amigos?

—Es un hábito. Pero eso no ofende ni molesta a Marie.

Albert Stone miró a su antiguo amigo con sarcasmo.

—¿Te lo dijo ella?

—No, claro —se asombró Lex—. Nunca me lo dijo, pero... no me lo reprocha.

—Naturalmente. Te has casado con una chiquilla. Me pregunto yo que si fuera Romy tu mujer, se callaría. ¿Lo has pensado tú, Lex?

—No —casi gimió—. No..., no me lo pregunté. La última vez que jugué en Lansing, en aquel maldito Club de Campo, perdí el auto.

—Supongo que eso lo ignorará Marie.

—Puede que no lo ignore. Lo ganó mi secretario.

Al se puso en pie de un salto.

—¿Eres idiota, Lex? ¿A qué grado de imbecilidad has llegado? Ned Brisson nunca nos quiso bien. Él pertenecía a una esfera social elevada, pero tenía una cabezota dura como esto —y golpeó la mesa—. Nunca te perdonó que hayas subido por encima de él. Vuelve a Lansing inmediatamente, y si algo tienes que consultarme, llámame por teléfono —consultó el recetario—. Te voy a dar unas inyecciones y vas a prometerme ni oler el alcohol. Si amas a Marie, si amas tu

hogar y tu vida apacible, distinta a la que llevamos siempre..., hazme el favor, Lex, muchacho, de rectificar inmediatamente. Estás en sumo peligro como hombre y como ciudadano. La mujer necesita la ternura y la pasión del hombre. Como tú has dicho, los humanos no somos seres etéreos ni celestiales. Pisamos tierra firme y todo lo que nos concede Dios con el matrimonio, ha de vivirse en la tierra debidamente. Si sigues por la pendiente... caerás en el abismo, y cuando quieras levantarte... no podrás. Te lo advierto como médico. Eres un hombre superdotado en inteligencia. Siempre lo has sido, y si continúas en esa vida, ten por seguro que hasta tu inteligencia se embotará. Estás a punto de ser un alcohólico sin remisión, y te ha llegado el momento de poner freno.

—¿Ya Marie? ¿Qué explicación le doy a Marie? Pensaré que... que...

—Sé lo que pensaré. Yo te puedo dar un consejo. No sé si serás capaz de seguirlo. Una mujer que ama de veras, ayuda y comprende a su marido, y las Bach siempre fueron muchachas excelentes y delicadamente educadas. Dile lo que te pasa y dile a la vez que estás en cura y dile...

—¡No se lo puedo decir! —gritó Lex, pálido de desesperación—. No me atreveré nunca. ¿Sabes lo que para una mujer casada de hace meses, supone un marido inútil para la vida matrimonial?

—He tenido muchos casos como el tuyo. Los tengo a docenas todos los días. Hay hombres que prefieren ser mal juzgados por su mujer que confesar la verdad. Hay otros que siguen en la pendiente y se convierten en peleles, y hay algunos que se arrepienten y ponen freno. Esto último casi siempre lo hacen los inteligentes... Sé tú de estos últimos.

—Lo haré, pero no le diré a Marie...

—Si no se lo dices, ella pensará de ti que tienes una amante, o que ya no te interesa, o que eres un canalla.

—Al...

—Prueba y verás.

—Marie me ama.

—Por eso mismo. Díselo. Te ayudará. Una mujer que ama, siempre desea ayudar a su marido. No podría.

Deponer así su personalidad, humillarse, que ella le viera como era, una inútil basura..., no podría.

Pero no se lo repitió a Al.

Mudamente se despidió de él, y Al, al acompañarle hasta la puerta, aún insistió:

—Confía en tu mujer. Cuando se trata de una esposa fiel, honesta y comprensiva, nadie como ella para ayudar a su marido. Y todos sabemos qué clase de mujeres son las Bach.

Y de súbito pensó en hablar él con Marie. ¿Por qué no? ¿No era un grave error que Lex prefiriera pasar por un mal marido a confesar la verdad?

Golpeó el hombro de Lex y aún dijo con cariño:

—Aquí me tienes para lo que sea, Lex. No olvides que hemos caminado juntos y descalzos por los arrabales de Lansing, y juntos pasamos hambre y juntos hurtamos alguna vez...

Lex Tryon solo movió los labios en una tenue sonrisa.

Al quedóse allí, apoyado en el marco de la puerta, meditando. ¿Debía él decírselo a Marie? En un principio pensó que sería lo más conveniente, pero luego... ¿Tenía él derecho a inmiscuirse

en las decisiones de aquellas dos vidas? ¿Era Marie una mujer lo bastante madura para comprender la silenciosa tragedia de su marido?

Calculó sus años.

Veinte, no más.

Imposible. Una mujer de veinte años, por mucho que ame a su marido, no sabe asimilar ni comprender una tragedia semejante.

«No diré nada —pensó—. No debo decirlo... Si respeto a mi amigo, debo mantenerme al margen de este asunto, y solo si es absolutamente preciso... Sí —se afirmó—, solo así intervendré».

XI

Nancy preguntó desde el umbral, con aquella voz un poco ahogada que, desde hacía unos días, parecía temblar al hablarle a Marie:

—¿Sirvo la comida?

Marie, que parecía muy lejana, levantó la cabeza y su mirada vaga, bonitísima dentro de aquella melancolía, pareció sobresaltarse.

—¿La... sirvo?

—Sí, sí, claro.

Pero Nancy supo que no pensaba en la comida.

En aquel instante, algo sonó en el rellano. Como el zumbido del ascensor deteniéndose. Y en seguida los pasos de una persona, y después el llavín dando la vuelta en la cerradura.

Nancy, que iba a girar en el umbral en dirección al pasillo que conducía a la cocina, se detuvo en seco y miró rápidamente a Marie.

La vio levantarse como si alguien la empujara y quedar tensa, firme, temblando, con la mano apoyada en el respaldo del sofá. Y Nancy vio también que aquellos dedos se crispaban, se extendían y volvían a encogerse, como si una impotencia viva se condensase allí.

Pero oyó su voz. Una voz salida de lo más profundo de su ser, algo ronca:

—Puedes... servir la mesa, Nancy. —Y aún añadió, sonándole a ella misma absurda su declaración—: Al señor le gusta comer temprano.

¿Era tonta?

¿Qué podía ella decirle a Nancy que esta no supiera ya? ¿Qué comedia pretendía aparentar?

Nancy la comprendió, porque, diligente, giró sobre sí y se deslizó pasillo abajo.

Marie, desde el *living*, oyó la voz personal, un poco ronca, de Lex:

—Buenas noches, Nancy.

Y la voz suave, suavísima de Nancy:

—Buenas noches, señor.

—Hace mucho frío. Está comenzando a nevar.

Llevaba nieve en los hombros y en el ala del sombrero, lo que indicaba que hizo el camino a pie desde la estación.

—Sí, señor.

Marie se quedó allí. No era capaz de dar un paso. Tenía que ver a Lex allí. Allí, en la intimidad del *living*, después de un mes de añorarlo tanto.

Sintió sus pasos y los de Nancy, alejándose esta, acercándose él. Y le vio allí, en el umbral, aún con el gabán puesto y el flexible que se quitaba como un autómatas en aquel momento.

Un silencio... Los ojos en los ojos, la ansiedad reflejada en los dos rostros. Los labios sellados, como si temieran pronunciarse palabras vanas, cuando tantas cosas verdaderas podían decirse.

Y fue ella, más anhelante, más espontánea, o quizá porque no tenía nada que ocultar, quien susurró tan solo, como paralizando todas las facciones de su bello rostro:

—Lex... —Y después, bajísimo, acercándose paso a paso—: Has... has tardado...

Ya estaba a su lado.

El hombre seguía como una estatua. Ahora tenía las facciones vacías, como una laguna en sus ojos, como un sello en sus labios.

—Lex...

Y despacio, con timidez y a la vez con una audacia muy femenina, se pegó a él. A lo tonto susurró:

—Estás..., estás mojado...

Pero seguía pegada a él. Su cuerpo frágil, bello, quebradizo, se oprimía contra el abrigo mojado. Y su mano alada, de suaves dedos temblorosos, ascendía por la solapa del abrigo y se perdía, silenciosamente, en la garganta masculina y subía por los cabellos mojados y se paralizaba en la mejilla rasurada.

Y después, así como estaba, sin que él tuviera valor para decir nada, ni para rechazarla ni para tomarla en sus brazos, fue ella, con esa espontaneidad maravillosa de la mujer enamorada por encima de todo, quien, empujándose sobre la punta de los pies, abrió los labios, ladeó la cabeza y buscó la boca masculina.

—Lex —gimió—. Lex... no vuelvas..., no vuelvas a dejarme sola... así... así...

Él apretó el puño. Allí, sobre la espalda de ella. Lo apretó hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

Sabía que la amaba como a nada en la vida, y, sin embargo, no tenía deseo de ella. No era capaz de sentir el apasionamiento que ella pretendía y sentía a la vez. Quisiera destrozarse en aquel instante, hundirse en la miseria del infinito para olvidar o evitar aquella terrible y humillante violencia.

—Lex —susurró ella sin separarse, dejando libres sus labios fríos—. Lex... estás helado. —Y con esa ternura de la mujer que es verdadera y no sabe o no puede hacer reproches, confundiéndolo más, humillándolo más sin darse cuenta, añadió bajísimo, un poco aturdida—: Estarás cansado del viaje. ¿Quieres comer? ¿Irte a la cama? ¿O prefieres quitarte el abrigo y tenderte aquí en el diván?... ¿Quieres?

Él solo quería escapar de allí, de aquella dulzura, de aquella suavidad femenina, de sus besos, de sus caricias.

Pero no podía.

Sentía que las necesitaba para hacer más liviana su amargura. Pero también sabía que no podía seguir una comedia, y sabía asimismo que no estaba dispuesto a decirle la verdad.

Pero ella... ella... ¿Qué pensaría?

Creería, y con razón, que era un estúpido o un desalmado, que era peor aún, o un ente despreciable.

Quiso sacar valor donde no lo había y le pasó una mano por la nuca.

—Marie..., siento haberte dejado sola... Los negocios... Un asunto importante..., muy importante... No tuve tiempo ni para ponerte una nota... Comprendes, ¿verdad?

Ella quería comprender. Le amaba de tal manera que no le era posible pensar en otra mujer en su vida, ni en una maldad ni en una negligencia.

—Sí, sí, Lex —susurró—. Sí...

Tímidamente empezó a desabrocharle el abrigo.

—¿Qué..., qué haces?

—No sé... —Y parpadeante al mirarle tan de cerca—: Estás..., estás mojado...

—Deja... Puedo yo. Sí..., estoy mojado. Está nevando...

Y supo que era ridículo y absurdo hablar de nieve y de frío, teniéndola a ella delante, hermosa, frágil, apasionada y tierna, después de un mes de añorarla con fuerza infinita, con el alma más que con el cuerpo, dependiendo siempre de aquella enfermedad suya que no iba a curarse tan pronto.

Se quitó el abrigo.

Lo dejó sobre el respaldo de una silla, y como si tuviera miedo de mirarla otra vez, se dirigió al diván y se sentó en él, extendiendo las manos hacia la chimenea.

—Vengo aterido. —Y después, ladeando un poco la cabeza, como buscándola, teniéndola allí mismo, añadió con volubilidad—: ¿No sabes? Vendí el auto...

—Ah.

—Tendré que comprar otro.

—Sí, Lex.

Se odiaba por mentir así, por no poder ir a su lado y tomarla en sus brazos y besarla como un loco y despertar sus propias ansiedades y confundirlas con las de ella.

—Mañana —añadió despacio, como no dando importancia a nada— iré a la oficina. Debo tener mucho trabajo pendiente. ¿Qué hora es, Marie?

—Las diez.

—Cenaremos luego, ¿no?

—Sí. Nancy nos avisará en seguida.

Ya la tenía sentada a su lado. Apoyada la cabeza en su hombro.

—Lex... Lex..., te eché de menos.

Era lo que más temía.

Aquella ternura suya tan espontánea, tan juvenil. Si fuera una mujer de experiencia, empezaría a gritar, a pedir miles de explicaciones. Ella, no. Por eso la quería más. Por eso llegaba a su alma antes que a sus sentidos. Por eso... le dolía tanto tener que ignorarla...

—Lex..., no vuelvas a salir así..., así..., sin decirme dónde estás y lo que haces. —Y después, bajísimo, como temblándole las palabras en los labios—: No..., no has estado con otra..., con otra mujer, ¿eh, Lex?

Se volvió hacia ella. Le pasó un brazo por los hombros y su voz sonó ronca y casi fiera:

—Jamás podría cambiarte por ninguna otra. Jamás, créeme.

Le creía. Tenía que creerle.

Por eso así como estaba, ladeada en su cuerpo, ocultó la cabeza en su cuello, le besó en la mejilla y sus labios resbalaron sobre la boca masculina.

—Marie...

—No puedo..., no puedo vivir sin ti, Lex.

—Oh, calla. Calla, Marie.

—Perdona que te lo diga —gimió ella sobre su boca—. Perdóname, Lex. Debo ser muy joven, no sé hacer reproches, ni dramas, ni gritar... Te digo que no me abandones... Eso es lo que te pido. Y no puedo hacer otra cosa... porque en mí no existe aún madurez... Déjame decírtelo así, con sencillez. Te quiero, Lex. No puedo vivir sin ti, y el mayor daño que podrías hacerme...

—Calla, Marie, calla —gritó él con desgarramiento—. Calla.

Ella ya no podía callar. Allí, perdida en su costado, aferrada a su cuello, ocultando el anhelo de su maravillosa mirada Verdosa, tenía que decírselo todo. Tal vez no fuera capaz de decírselo mirándole frente a frente, pero así, fundida en su cuerpo, sí que podía. Tenía que poder, porque de ello dependía su futuro, su presente, hasta su pasado, que evocaba para medir y sopesar el cariño que él le tenía.

—No salgas más por las noches, Lex, amor mío. No me dejes sola. Quizá tú creas normal que tus costumbres de soltero sigan imperando en tu vida de casado, pero yo... yo... ¡Oh, Lex, no me apartes ahora! No trates de mirarme, porque si me miras, no podría decirte lo que siento, y tengo que decírtelo, porque un día, si no te lo digo ahora, voy a morirme de dolor.

—Dilo, Marie. Dilo todo. Así descansaré yo y descansarás tú y nos comprenderemos mejor. Dilo, Marie... —y con ternura le acariciaba el pelo, y suavemente encogía la cabeza para buscar sus labios.

Los besaba largamente, infinitamente, como si tuviera miedo de separarse de ella y verle los ojos y que ella leyera en los suyos su íntima y terrible desesperación.

—No puedes seguir con tus hábitos de soltero. Yo no puedo... Oh, Lex, perdóname que te lo diga. No puedo soportarlo. Lloro. Noches enteras, hasta que llegas. Sorbiendo mis lágrimas como si fueran pecados, y solo son desahogos naturales de mi humanidad maltratada. ¿Te das cuenta, Lex? ¿Te la das?

Y desesperadamente así entre sus manos el rostro desencajado de su marido.

—Sí, sí, Marie... ¿Quieres..., quieres olvidar eso? Vamos a empezar una nueva vida. Nueva, Marie. Tú y yo, y este hogar. El que no tuve nunca... Del que jamás pude disfrutar. Te prometo que no volveré al Club de Campo. Te lo prometo, Marie...

Se oyeron los pasos de Nancy y en seguida su voz suave:

—La comida está servida.

Fue él el primero en levantarse. Como si tuviera miedo y quisiera escapar de aquel embrujo íntimo al que no iba o no podía responder.

Asió la mano de Marie fuertemente.

—Vamos, vamos, Marie... Tengo..., tengo mucho apetito...

XII

— **H**ace mucho tiempo que tengo las cosas abandonadas. ¿Te importa que pase unas horas en mi despacho, Marie?

Fue asombro y no reproche lo que reflejaron las pupilas verdosas.

¿Qué decía Lex? Hacía más de un mes que no estaba a su lado, y se iba tranquilamente a su despacho, cuando ella anhelaba tanto tenerle cerca.

—Creí —susurró cortada— que..., que...

No la dejó terminar.

Tenía que evitar a toda costa la humillación de ella y su propia humillación, porque nunca tendría valor suficiente para decirle la verdad.

—¿No... saldrás, Lex?

—No —rotundo—. Mañana tengo que presentar al director unos estudios sobre explotación aérea. Es algo que tengo en mi mente desde hace mucho tiempo, y hoy me siento despejado.

¿En aquel instante precisamente?

No se atrevió a decir palabra en contra.

—Entonces... —murmuró bajo—, te dejo solo.

—¿Te importa que pase aquí... bastante tiempo?

—Pues... no, no, si es tan necesario para ti.

¿Por qué ella pensó en aquel párrafo de Ovidio, leído no hacía mucho tiempo? «Todas las cosas humanas penden de un tenue hilo, y lo que estuvo firmemente establecido se derrumba repentinamente».

¿Se derrumba la inefable dicha de su matrimonio? ¿Por qué? ¿Quién tenía la culpa? ¿Ella, que perdía encantos para el hombre? ¿Él, que se cansó de ella?

Lex debió de leer en su mirada perdida en el ventanal, porque fue a su lado y la asió por la nuca. La volvió hacia él.

—Marie..., es importante para mi carrera.

—Sí, Lex.

—¿Lo comprendes?

—Sí, Lex.

Pero no lo comprendía. Y pensó aterrada si sería su juventud la incomprensible... ¿Era así el matrimonio? ¿Primero fuego y después nieve? ¿Por qué?

—Trabaja, Lex... —susurró con tenue acento.

—Gracias, querida.

Pero no la soltaba.

Quisiera transmitirle todo su dolor, sin decirle que era dolor. Toda su amargura, sin revelarle que era amargura.

Buscó sus labios, así como estaba, ladeando un poco la cabeza hasta colocarla bajo la suya.

Fuerte, fuerte. Como si no hubiera pasado el tiempo y estuvieran en el motel, y Lex, después de muchos besos, le dijera:

«Estás temblando... Me gusta que seas así, sensible y pura. Me gusta que tengas vergüenza y te ruborices, y se estremezcan tus labios en los míos, y que me mires mucho y tus ojos se llenen de lágrimas al mirarme».

Pero Lex no decía eso. Lex la besaba con una ternura viva, palpitante. Sin morbosidad, sin anhelo, solo como quien cumple un deber y pretende desvanecer un temor.

—Luego..., luego iré contigo.

—Sí, Lex.

—Anda, cariño, vete.

Y ella se fue. Y cruzó el pasillo como una sonámbula y se metió en el baño, aún sin reaccionar, y luego, en camión, poniendo la bata encima, se sentó en el borde del lecho, agarrando un libro que tenía en la mesita de noche y que casi nunca leía.

—*Eneida* —leyó en voz alta, temblándole esta, como si no le perteneciera. Aquel poema latino de Virgilio, considerado como una de las obras maestras de la antigüedad clásica. Y con tenue acento, como si modulara o pretendiera clavar cada frase en su cerebro o en su corazón—: «La bajada al Averno es fácil y suave; las puertas de Dite están de par en par, abiertas noche y día. Pero dar un paso atrás y volver a ver el cielo... ¡Eso sí que es tarea, empeño difícil!».

¿Ocurría algo así en su matrimonio?

Volver a empezar... ¿podría ser? ¿Qué se rompía allí? ¿Otra mujer? No, no, no podía creerlo.

Cerró el libro.

No quería creerlo. Se moriría de dolor si eso ocurriera.

Esperó.

Horas y horas.

Amanecía ya cuando, al dormitar, un ruido la despertó sobresaltada.

Miró en torno. Un haz de luz azulosa, anunciando un nuevo día lluvioso y triste, iluminaba parte de la ventana.

Miró en torno, como si hubiera dormido miles de años inconsciente, olvidada de su íntimo problema.

Lex no estaba allí. No supo por qué causa, temió que le hubiera ocurrido algo en el despacho, y con rapidez, como si una fuerza interior la empujara con furia, se puso en pie. Parpadeó muchas veces, entreabrió los labios y volvió a cerrarlos, y al mismo tiempo, friolera, cubrió el pecho con la bata que se separaba de ambos lados. La ató y en chinelas, despacio, atravesó la estancia, cruzó el pasillo y empujando la puerta del pequeño despacho, se deslizó dentro.

Quedó envarada en el umbral.

Sentado ante la mesa, con la cabeza apoyada en el tablero, bajo los dos brazos cruzados, se hallaba su marido, profundamente dormido.

¿Qué hizo?

¿Qué podía hacer?

Nada.

Quedó firme, temblando, inmóvil en el umbral, un buen rato. Sin atreverse a dar un paso, sin parpadear.

¿Por qué? ¿Por qué dormía allí, después de un mes de ausencia? ¿Por qué?

Retrocedió.

No tuvo valor para afrontar una cuestión tan delicada sin haber reflexionado antes.

Regresó a su alcoba y se sentó en el borde del lecho y volvió a agarrar el libro de Virgilio. Ni siquiera lo abrió. Le dio vueltas y vueltas entre los dedos agarrotados, y así como estaba, se dejó caer hacia atrás y se quedó profundamente dormida.

* * *

—Siéntese, Lex. ¿Qué tal el viaje por Detroit?

—Bastante bien, míster Bacher.

—Siéntese, Lex. ¿Sabe que deseaba verle? Sí, no me mire de ese modo. No voy a regañarle, Lex, pero voy a hacerle una advertencia.

—Si va a pedirme que no juegue ni beba... le ruego que no lo haga.

El caballero que se hallaba sentado tras la enorme mesa de despacho, se quedó mirando a Lex con insistencia.

—¿Qué quiere decir? Sabemos que jugando perdió usted el auto. Viene usted bebiendo en abundancia desde hace muchos años. Yo creí que al casarse con la persona que usted se casó... cambiaría. Me extraña mucho que su mujer le permita hacer su vida independiente. Sí, no me mire con esa exageración. Sé que es usted orgulloso y altivo, pero también es inteligente y nos conviene en este negocio. Sé, asimismo, aunque usted quizá lo ignora, que otros están deseando que un día, por orgullo o por dignidad mal entendida, nos deje usted, para ocupar su puesto. ¿Lo ignoraba, Tryon?

—No.

—Bien, pues si lo sabe, viva en guardia. No podemos tolerar que un alto jefe de nuestra empresa viva sin auto. Tendrá usted uno nuevo. En realidad —añadió, con el fin de no herir su susceptibilidad—, pensábamos hacerlo el mes próximo, por Navidades. Es el regalo que la casa le reserva, Lex.

—No lo acepto, señor.

—Lex, soy su jefe y fui yo quien le sentó en la mesa del Consejo, y me molestaría en extremo que mis cálculos sobre usted resultaran fallidos. Además, está usted casado, y yo insisto en que debe rehacer su vida opuesta a como hasta ahora vino desarrollando.

—No tolero —gritó Lex, furioso— que nadie me recrimine.

—Ya saltó el mocito del barrio, imponiendo sus condiciones. Lex, además de jefe y empleado, somos amigos. ¿No es cierto? No lo senté en ese sillón por hacerle una gracia ni porque usted jugara al póquer como nadie. Lo senté porque me convenía sentarlo. Y porque sabía que sería usted de gran utilidad a la empresa. Yo sé que por estas Pascuas la compañía pensaba ofrecerle algunas acciones. Sé también que es usted una calamidad en cuanto a su vida particular, pero aquí siempre cumplió con su deber, si bien muchos subordinados suyos quisieran verle en la calle.

Pero yo no pienso igual. Yo le necesito. Cuando supe que se casaba, recibí un alegrón. Pensé, y no me faltaba razón, que usted cambiaría. También supe que si se casaba un hombre como usted, tan aferrado a sus costumbres, es que amaba mucho a su mujer.

—La amo más que a mi vida.

—Bien, pues piense en su futuro, en los hijos que tendrá.

—Escuche, señor Bacher. Está usted hablando y me molesta enormemente que me diga lo que yo pienso. Pero también quiero que sepa que si voy a cambiar de vida no es porque usted me lo mande ni porque lo exija la empresa entera. Siempre he cumplido con mi deber profesional, y mi vida particular a nadie importa.

—Pero... va usted a cambiar.

—No. He cambiado ya. Pero...

El presidente de la compañía se echó a reír, alzando una mano.

—No por nosotros, ¿no es eso? No me interesa por quién sea, Lex, ni los motivos que tenga usted para cambiar. Un día se sentará usted en este sillón, y la persona que se siente aquí tendrá que estar totalmente lúcida, absolutamente sobria. ¿Entendido?

—No ambiciono la presidencia —gruñó Lex, incorrectamente—. Lo que necesito es solucionar mi vida íntima con mi mujer. Lo demás... —hizo un gesto vago— no me interesa.

—De acuerdo —extendió la mano—. ¿Me la estrecha usted, Lex?

El marido de Marie se echó a reír.

—Nunca piense que se ha salido con la suya, señor Bacher. No se olvide que yo soy espíritu de contradicción.

—Pero usted... cambiará de vida.

—Necesito hacerlo.

—¿Hay una razón matrimonial?

—La hay, y para mí, el matrimonio es lo más importante, por el momento.

Por toda respuesta, míster Bacher sacó unas llaves del cajón de su mesa.

—Ahí tiene las llaves del auto, Lex. Vamos a empezar de nuevo. Y no se olvide de que tiene usted que tener una voluntad de caballo. Está usted habituado al alcohol y al juego. Lleva demasiados años bebiendo.

Lo sabía demasiado. Aún nadie podría comprender el daño que aquel vicio horrendo le estaba causando.

Asió las llaves del auto y, sin despedirse, con su descortesía habitual de los barrios bajos, salió y cerró tras de sí.

Casi inmediatamente apareció el jefe administrativo en el despacho del presidente. Este, tan embebido estaba en sus pensamientos, que no notó su presencia.

—¿Ha conseguido algo, míster Bacher?

—¿Cómo? Ah, es usted, Verne. Pase, pase y cierre. ¿Conseguido? Sí, pero no creo que lo haya conseguido yo. ¿Sabe usted? Casi aseguraría que Lex tiene un grave problema. Un problema nada vulgar.

—Se queda con nosotros.

—¿Podría la empresa sostenerse Sin un elemento así? Se queda. Perdería a todo el personal y empezaría de nuevo, pero a este hombre no. Le debo mucho. Gracias a él estamos al nivel de

cualquier empresa importante. Disponga de un lote de acciones para él, Verne. Esta vez... apuesto a que no se las juega en el Club de Campo. Y no sé por qué lo afirmo así.

XIII

Se despedían junto a la verja.

De repente, Romy agarró a su hermana por el brazo.

—Ahí va Lex —susurró—. En un auto nuevo.

Marie se volvió en redondo, pero ya no vio nada.

—¿Dónde? ¿Hacia el club? Es jueves...

—Creo que tomó otra dirección, Marie, pero no estoy muy segura. Será mejor que regreses a casa cuanto antes. Son las dos de la tarde. Raf no tardará en venir. Marie —pidió bajísimo, mirando recelosa a un lado y otro—. No digas a nadie lo que acabas de decirme a mí y, por favor, ten un poco de paciencia. Hay algo de lo que estoy plenamente segura. Del cariño de Lex hacia ti.

—Si me ama —se agitó Marie—, ¿por qué? ¿Por qué esa indiferencia? ¿Es que..., es que... tiene...?

—Marie, no lo pienses siquiera. Si las cosas continúan así..., entonces seré yo quien le pregunte las causas. Un hombre no puede cambiar de la noche a la mañana.

—Un mes, Romy —susurró Marie con desaliento—. Cambió en un mes. Se fue a Detroit, y a su regreso...

—Ya me lo has dicho. Ahora no podemos detenernos aquí. Iré a tu casa mañana por la tarde, o quizá hoy.

—Ve hoy —apuntó Marie con desaliento—. Es jueves, y Lex irá al club con los amigos. ¿No has visto? Ya compró un nuevo coche. Lo jugará otra vez, y así... indefinidamente.

—Si pidieras el divorcio...

Marie se estremeció de pies a cabeza.

—Jamás —gimió—. Jamás lo haré.

Había un patetismo indescriptible en su rostro. Y en los ojos parecían cuajarse unas lágrimas.

Romy, impresionada, le agarró las dos manos y se las oprimió con intensidad.

—Le quieres demasiado, Marie.

—¿No amas tú a tu marido?

—Sí, sí. Tanto como a mi misma vida, pero... es distinto. Raf nunca me dio motivos de queja. Con su carácter, que parece adusto, y su mirada ratonil, como tú siempre dices, para mí es el hombre más bueno del mundo, el más amante y el más considerado. ¿Sabes? Ahora esperamos un hijo.

—¡Romy...! ¡Oh, Romy...! ¡Un hijo! ¡Qué más quisiera yo que un hijo!

Romy la apretó contra sí y la besó repetidas veces en la mejilla.

—Vete, anda, vete. Si Lex ha vuelto a casa... no le gustará no hallarte en ella.

—Lex se habrá ido al Club de Campo y no le veré hasta la madrugada.

—Dile que...

—No soy capaz de decirle nada. Y ahora... menos aún.

Y como si su voz fuera un sollozo, agachó la cabeza y empezó a caminar calle abajo.

Romy no pudo retenerla. No quiso. ¿Para qué? ¿Qué palabras elegir para consolarla?

* * *

Vio un auto nuevo, de color azul celeste, detenido ante el portal. ¿El de Lex? ¿Estaba en casa?

Dobló el abrigo de corte inglés a listas negras y grises sobre fondo blanco contra el pecho y subió las escaleras hasta el primer piso sin esperar el ascensor. Allí se detuvo jadeante, y casi sin saber lo que hacía, apretó el botón del ascensor, y cuando lo tuvo allí, se perdió en él precipitadamente.

—Serénate, Marie —susurró para sí, confundiendo su voz con el zumbido del elevador—. Serénate. Que él no vea tu ansiedad.

El ascensor se detuvo y Marie saltó de él al rellano. Abrió con su propia llave, haciendo su papel de chica tranquila, cuando en realidad todos sus nervios estaban a flor de piel.

Silencio absoluto en la casa. Solo allá, al fondo, el canturreo de Nancy. ¿Se habría equivocado? ¿No estaría Lex en casa? Pero no, estaba allí su abrigo, colgado en el perchero, y su flexible sobre una silla.

Aparentemente tranquila se quitó el suyo, y lo colgó encima del de Lex. Quedó enfundada en un modelo a cuadros un poco exagerados. Verdes, rojos y negros. Era recto y marcaba su cintura brevísima y la cadera redonda y bien modelada. Calzaba zapatos bajos y el cabello lo llevaba trenzado en una sola coleta, tirante en el frente y cayendo aquella sobre la nuca, haciéndola a ella más juvenil si cabe.

—¿Estás ahí, Lex? —preguntó, traspasando el umbral del *living*.

El hombre, que se hallaba vestido correctamente de gris, hundido en un sillón junto a la pequeña chimenea, se puso en pie rápidamente.

—Sí, Marie —dijo suavemente—. Me extrañó no encontrarte en casa.

—He ido a casa de Romy.

Avanzaba hacia él a paso suave. Lex la miró de arriba abajo con ansiedad. Hermosa en verdad. Si fuera sincero consigo mismo, se diría que jamás soñó casarse con una muchacha semejante.

—Te has ido sin verme esta mañana —susurró ella, empujándose sobre la punta de los pies y buscando la mirada de su marido, pegada al pecho de este...

—Tenía... tanto que hacer en la oficina. Me han... dado un auto, ¿sabes? Es de color azul.

—¿Sí?

Pero no se separaba. Como una gatita mimosa buscaba el calor de su cuerpo y el halago de sus ojos y la caricia de sus labios.

Lex le pasó un brazo por la cintura y la dobló en su cuerpo. Permanecieron así unos segundos, pegados uno a otro, sin decirse nada. Pero ambos sabían la emoción que experimentaban allí, en el

fondo de sus corazones.

—No... me besas, Lex —susurró sin preguntar, rozando sus labios con los suyos.

Lex cerró y abrió los labios, y de repente la dobló hacia un lado, de modo que la cabeza de ella quedó un poco colgante. Fue él a buscar allí su boca. La besó largamente. Como si no quisiera ver el fin, como si no se diera cuenta de que todo su ser anhelaba besarla y fundirla en él y hacerla suya y llevarla a un lugar donde estuvieran eternamente solos.

Sabía cuánto la amaba, pero no era capaz de dar a sus besos aquella cálida ansiedad que siempre imprimió en ellos, porque la sentía así.

—Lex... —susurró ella tenuamente—. Lex...

—Te quiero, Marie. Lo sabes, ¿verdad? ¿No lo sabes? ¿Lo dudas?

Y de repente parecía presa de loca ansiedad. De temor, de aquel temor que no podía explicarle a ella, porque le humillaba tener que hacerlo.

Marie se separó un poco de él y tiró de su brazo.

—Ven a sentarte, Lex —pidió bajísimo—. Hace un siglo que no me siento en tus rodillas.

No podía.

No era capaz de tenerla en sus rodillas, para soltarla luego y no poder darle una explicación a su actitud.

—La comida... —pretextó con ronco acento—. He de volver al trabajo...

Ella no demostró su desilusión. Pero sí pensó. Tenía que pensar. Como si en su mente empezara a bullir fuego y este se extendiera por todo su ser.

Antes, cuando su vida era normal con Lex, pese a que regresaba tarde a casa, a veces Nancy tenía que esperarlos horas y horas para comer. Se perdían allí, en el canapé, o se quedaban como tontos uno junto a otro en la alcoba, o en el despacho, o en el *living*, allí mismo, hundidos en el diván.

¿Es que el matrimonio era así? ¿Es que los hombres eran así?

—Marie..., te has quedado muy callada.

—No, no —reaccionó—. No, Lex... —le apretó la mano y tiró de él. No podía soportar la idea de que Lex penetrara en su pensamiento. ¿Qué diría de ella?—. Vamos a comer...

Y sus dedos, al cerrar la mano de Lex, tenían una suave ternura al oprimir los masculinos inmóviles, como muertos, que eran en aquel momento los de su marido.

Le dolió a él aquella dádiva personal, suave, moral, de Marie.

Otra mujer cualquiera le pediría explicaciones. Ella no lo haría jamás, y él lo sabía, y sin embargo, pese a cuanto pensaba de él, de su inexplicable actitud, Lex estaba seguro de que Marie no le forzaría a una explicación y, en cambio, seguiría dándole toda su ternura y toda su consideración.

Tuvo deseos de apretarla contra sí, de caer con ella en el fondo del canapé y de decirle al oído todo cuanto le ocurría, y la humillación que le estaba costando haberse entregado a la bebida desde tan joven.

«Nunca creí, Marie —le hubiera dicho si tuviera valor—, nunca, que llegaría a esto. Tú no sabes lo que es estar solo y sentir odio en tu casa, y ver a tu abuela salir todas las noches y a tu madre dormir la droga en un camastro y a tu padre golpear y golpear a tu madre. Y verte solo en aquel antro, con el ansia loca de ser algo. Y luchar con denuedo para conseguirlo. Muchas veces, Marie querida, estuve tentado de agarrar un harapo y robar unas monedas de los pecados de la

abuela y salir huyendo de Lansing. No volver jamás. Pensar que estaba solo en el mundo y que mis estigmas no existían... Pero nunca fui lo bastante valiente. Y me quedé aquí y ocultaba mi dolor y mi humillación en el vino. Empecé cuando era un niño. Apenas si sabía nada de la vida, pero sí sabía el bienestar que me producía el alcohol. Así empecé y así, a mis veintinueve años, me encuentro con que mi sangre tiene un porcentaje de alcohol elevadísimo».

Pero él nunca podría decir aquello, porque no podía exponerse a que Marie lo despreciara. No sería capaz jamás de pronunciar una palabra en alta voz al respecto, aunque ella lo juzgara como seguramente lo estaba juzgando.

—Vamos, Lex —rio ella haciendo su papel de muchacha despreocupada y feliz—. Te has quedado parado.

Lex reaccionó, caminando junto a ella como un autómeta.

XIV

Se abotonaba el abrigo, y él, ante aquella ternura y aquellos dedos que se perdían en su pecho y se quedaban acariciantes en su garganta, una vez abotonados los botones.

Apretó los labios con fiereza.

—No tardes en volver —susurró ella.

—No.

—¿Irás... al club?

Costaba preguntar.

Él se dio cuenta.

No quiso decirle que no volvería jamás. Sabía que no sería creído. A la sazón, ya sabía cuánto le dolió a ella su hábito indigno, su despego. Nunca pensó que la afectara tanto y supiera disimularlo tan bien.

—Vendré temprano.

Ella no le creyó.

Pero ni el mismo Lex se dio cuenta.

—Abrígate bien —pidió ella, quedamente.

Y como una cosita frágil, maravillosamente femenina, se pegaba a su cuerpo como si le costara separarse de él.

¿Qué pensaría de su actitud?

Él podía tomarla en sus brazos, besarla como un loco, hacer su papel... Pero no. No era falso hasta ese extremo. La amaba demasiado para simular una situación que no existía.

—No tomes frío —volvió a decir ella.

Y empinándose sobre los zapatos, porque era bastante más baja que él, cuadró el mentón con sus brazos, y así, ladeando la cabeza, buscó su boca con sus labios abiertos. Lo besó largamente, con suavidad. Despacio. Como para volver loco al más cuerdo.

Lex le acarició el pelo y la apretó contra sí, como si fuera a romperle la cintura, pero luego la soltó con la misma brusquedad que la apretó y abrió la puerta, deslizándose hacia el rellano.

Ella quedó un tanto confusa, roja como la grana, en el umbral, apoyada en el marco, sujetándose con las dos manos.

—Dirás..., dirás... —susurró con un hilo de voz, cuando ya él abría el ascensor— que soy una... una empalagosa.

¿Por qué no le reprochaba? ¿Por qué?

Porque era ella inmensamente delicada, inmensamente exquisita.

La miró largamente. Dejó solo el ascensor abierto y se inclinó hacia ella, buscando afanoso aquellos ojos grandísimos, verdosos, de chispitas doradas.

—Me pareces excepcional, Marie. Ten eso presente.

—Lex...

—Excepcional. Por favor, sigue... sigue así.

—Lex...

—Perdóname. Un día te darás cuenta de lo noble que estás siendo conmigo. Yo te ruego..., te ruego... —apretó los labios.

Ella alargó la mano y asió la manga del abrigo masculino.

—Lex...

—¿Por qué no me preguntas? —casi gritó él, como si de repente perdiera el juicio.

Ocurrió algo maravilloso, muy digno de una persona como Marie.

Alzó la mano, acarició la mejilla rasurada, arrastró los dedos por aquel rostro y los dejó en los labios de Lex, que los besó sin decir palabra.

La dijo ella.

Quedamente. Suavemente.

—No tengo nada que preguntarte, cariño. Te amo... Solo eso puedo decirte. Te amo.

Y como si tuviera miedo, de pronto, a que él dijera algo horrible que prefería no saber, pero empezaba a sospechar..., se metió dentro, cerró la puerta y quedó pegada a ella jadeante, con los ojos inmensamente abiertos.

Después, al ver a Nancy aparecer en el fondo del pasillo, reaccionó. Irguió el busto y empezó a caminar por el pasillo, ligeramente nerviosa.

—Ya se ha ido el señor —dijo, por decir algo—. Yo voy a leer un rato en el despacho.

Quería estar donde él pasó la noche. Sentarse en aquel mismo sillón y quedarse muda y absorta, con la mente vacía.

Pero no pudo estar inmóvil mucho tiempo.

Al rato, distraída, empezó a abrir cajones. Hacía aquello como podía hacer cualquier otra cosa.

De súbito, sus ojos tropezaron con una caja de inyectables, de la cual faltaban tres ampollitas. Había al lado de la caja una aguja hipodérmica y algodón.

Asió aquellos objetos con mano temblorosa. Los miró muy de cerca.

¿Qué ocurría allí? ¿Por qué? ¿Es que acaso se inyectaba él mismo? Pero... ¿con qué fin?

No pudo resistirlo.

No era capaz de soportar sola aquella incertidumbre, aquel temor de que Lex estuviera enfermo y se fuera a morir y la dejara sola.

Su recurso era Romy. Siempre Romy, que lo sabía todo. Romy, que era como un dios para ella. Romy, que solucionaba todas sus papeletas, hasta las más difíciles.

Marcó un número.

Se puso ella misma.

—Dígame.

—Romy...

Era como un grito. Como un alarido.

—Marie... —exclamó Romy, alarmada a su vez—. ¿Qué ocurre?

Se lo dijo.

—Oh...

—Romy..., explícame... ¿Por qué? ¿Se droga?

Una risa suave y tranquilizadora.

—No, no, Marie. ¡Dios nos libre! ¿Sabes? ¿Sabes lo que te digo? Marie, sé como eres para él. Sigue así. Tierna, cariñosa..., maravillosamente atenta. Yo te pido ahora que incluso lo seas más aún. Escucha, Marie. Escucha, querida mía...

Y siguió hablando un largo rato, hasta que Marie, como un fardo, permaneció allí, en el sillón giratorio, apretando más y más aquellos objetos.

—¿Me oyes, Marie? ¿Me entiendes bien?

—Sí —susurró con un hilo de voz—. Sí...

—Ten calma..., mucha calma, Marie. Mucha ternura y mucho tacto. Que él ignore siempre que tú... has descubierto su secreto.

—Sí, Romy, sí. ¿Sabes? ¿Sabes, Romy? Le quiero más que nunca.

—Lo sé.

* * *

Temía que no volviese. Que se fuese al club.

Pero no.

A las siete en punto, cuando ya el día había muerto, sepultado por la noche, Marie, desde el *living*, oyó el llavín en la cerradura.

Salió sin apresuramiento, aunque algo ardía en sus pies.

—¡Lex!

La voz serena, suave, de Lex:

—Sí, Marie, soy yo.

Salió a su encuentro. Se empinó sobre la punta de los pies y le besó ligeramente en los labios. Después se colgó con las dos manos de su brazo.

—Estás helado. ¿Hace mucho frío?

—Infernal... Pero si quieres salir... Podemos ir al cine, al teatro, dar un paseo...

Era la primera vez que Lex prescindía de su pandilla y la invitaba a salir con él.

—Prefiero la casa, el calorcillo de la salita. Tú puedes leer la prensa mientras yo calceteo una chaquetita para el hijo que espera Romy.

Él se detuvo a mitad del pasillo.

—¿Espera... un hijo?

—Sí. Están muy contentos.

Volvió a caminar, llevándola siempre colgada de su brazo.

De repente, sin detenerse, la voz bronca de Lex sonó rara en el silencio.

—A ti también te gustaría...

Marie empezó a reír.

¿Era nerviosa su risa?

¿O era sincera?

—Claro que no, Lex. Yo, que Dios me perdone, pero prefiero disfrutar del matrimonio bastante más. Imagínate, Romy y Raf hace más de dos años que se casaron y, sin embargo, hasta ahora...

Ya penetraban en la salita.

Ella se desprendió de su brazo.

—Te traeré las zapatillas y el batín, ¿quieres? ¿Vas a... a volver a salir?

—No —rotundo.

—Pues quítate la americana.

Aquel era su hogar. El que nunca tuvo, el que secretamente siempre anheló. Y el muy estúpido, así se calificaba a sí mismo, iba a buscar el bullicio al club y la cháchara odiosa de sus amigos solteros.

¿Cómo fue tan necio?

—Aquí tienes las zapatillas, querido. Y el batín. Quítate la americana.

Y ella misma, sin esperar a que él lo hiciera, le ayudaba.

Obedecía como un autómatas.

Se dejaba querer. Era maravilloso dejarse querer así, y querer a su vez, aunque no supiera demostrarlo tanto como ella. O, lo que era peor, no pudiera demostrarlo.

Marie se sentó a su lado con la cesta de punto en el regazo. Empezó a hablar alegremente, un poco precipitada, de todo, de nada, de miles de cosas intrascendentes, que lograron distraer a Lex y prender su atención en ella.

Nada de sí mismos. Como si todo entre ambos estuviera dicho y resabido. Del niño que iba a nacer y del nombre que Romy y Raf le tenían ya elegido. Estaba mintiendo, pero le salían muy bien las mentiras.

Lograba dar a su voz un juvenil sarcasmo, como si tener, un hijo fuera una cosa divertida, que ella no deseaba aún. Así consiguió tranquilizar a Lex, y después, cuando ambos pasaron al comedor, se colgó de su brazo.

Apretó aquel brazo con las dos manos y recostó la cabeza en su hombro.

—¿No te enfadarás conmigo si te digo una cosa, cariño?

Lex estaba como embobado, mirándola.

—Dime.

—Tengo un constipado...

—¿Tú?

—Me pasé el día tosiendo. ¿Te importa mucho que me quede hoy en la habitación de los huéspedes? Tú no puedes contagiarte. Tienes que trabajar. Si no te parece mal...

No se le ocurrió pensar que le estaba evitando una violencia. Lo consideró una solución. La apretó contra sí cálidamente.

—Me importa, Marie —dijo con infinita ternura—. Pero si tú quieres...

—Por ti, ¿sabes? Cuando el hombre de la casa tiene que mantener esta, debe huir de las enfermedades...

Él rio. Era una risa grata y suave. Buscó sus labios así, casi sin moverse. Y Marie alzó la mano, y mientras él la besaba le acarició la mejilla.

Aquel constipado de Marie duró más de una semana...

XV

Hacía más de una semana que Lex se iba del trabajo a casa y de esta al trabajo. No había que pensar que pasara por el Club de Campo o viera a sus amigos.

A veces, las llamadas telefónicas de aquellos se repetían durante una tarde entera. Y Lex, desde el sillón donde se hallaba sentado, decía siempre, invariablemente:

—Lo siento. No salgo.

Siempre era cortante y breve.

Marie se daba cuenta, sentada frente a él, con su labor de punto entre los dedos, que no se esforzaba al negarse. Era algo que salía espontáneo, que se sentía.

Aquella tarde, una vez colgado el teléfono, lo vio ponerse en pie e ir como un autómata hacia el bar.

Bebía agua en las comidas, jamás le vio servirse una copa durante aquellos días, y de súbito, verlo ir hacia el bar, detuvo los latidos de su corazón.

Si bebía una copa, una sola, estaba perdido.

Soltó la labor de punto.

Se quedó envarada en el sillón, con los ojos fijos en la ancha espalda de Lex. Este abría el bar con la mayor naturalidad. Extrajo una botella de *whisky* y un alto vaso.

Se sirvió el licor.

Fue entonces, cuando ya tenía el vaso en la mano y regresaba con él al diván, cuando ella murmuró:

—¿Quieres... hielo?

Se diría que Lex despertaba de un profundo letargo. Como si estuviera soñando o sonámbulo y no fuera consciente de lo que hacía.

Espantado, con los ojos muy abiertos, contempló el vaso que aún empuñaba entre sus dedos. Hubo en sus ojos como un destello, como una alucinación, como una tormenta. Pero Marie, que espiaba todos sus gestos, aparentemente serena, se dio cuenta de que en aquel instante Lex libraba una dura batalla consigo mismo y su ansiedad de beber.

Y vio, asimismo, que depositaba el vaso sobre la mesa próxima, se repantigaba en la butaca y cerraba por un momento los ojos.

—No, Marie... Gracias.

Ella respiró tranquila.

Pero no fue capaz de quitar el vaso de allí.

En cambio, se puso en pie y se acercó a él. Primero le pasó los brazos por el cuello y después extendió sus manos por el pecho masculino, y así como estaba, dio la vuelta en torno a él y se sentó en sus rodillas.

—Te... te molesto, Lex.

Él sonrió.

Una sonrisa tibia y amorosa, llena de cálida ternura.

Silenciosamente le pasó los dos brazos por el cuerpo y ella elevó los suyos y le rodeó el cuello.

—¡Cómo vas a molestarme, Marie bonita!

—Es que...

—¿Qué?

—No sé...

—No intentes saber. Me gusta tenerte así y besarte... ¿No lo has descubierto todavía? Tus besos para mí son... —la besaba ya— la máxima aspiración. Soy como un hambriento... No puedo pasar sin ellos. —Y de súbito, preguntó—: ¿Cómo va tu catarro?

—¿Mí...? ¡Oh! Casi bien, pero aún..., aún...

No sabía qué decir.

Intentaba alejarse.

Pero Lex la oprimía contra sí, sinuoso y suave.

De súbito, pensaba si aquel catarro no sería invención de Marie. Le asaltó de pronto un temor. Indescriptible, inmenso, insoportable.

¿Sabía ella...? ¿Sabía...?

La aferró contra sí. Marie debió notar en sus brazos como un loco arrebatado de dolor o de rabia.

—Lex... —susurró—. Lex... ¿qué te pasa?

Lex no quería decirle lo que le pasaba. Pero sí pensó en aquel instante llamar a Albert y pedirle consejo y ayuda. La ayuda total que un día se negó a admitir. No podía seguir viviendo con ella en aquella tensión. Le era imposible soportar la ternura de Marie, su comprensión, y no hacer nada para evitar aquel dolor que ella sentía dentro como una herida incurable.

—Lex..., me oprimes mucho.

La oprimía con desesperación y la besaba como un loco, como si pretendiera luchar contra la naturaleza que así se volvía contra él.

—Lex —se agitó ella en sus brazos, con una vocecilla humilde y apagada—. Lex..., me haces daño.

No se daba cuenta de que se lo hacía. No quería dársela.

La deslizó a un lado y se deslizó pegado a ella. Marie se dio cuenta en aquel instante de que Lex luchaba como un loco consigo mismo, y por eso se dejó resbalar hacia el suelo y quedó de rodillas junto a él, que parecía una momia tendido en el diván. Suavemente, con una delicadeza muy propia de ella, le acariciaba la cara y le hundía los dedos en el pelo y le demarcaba cada facción.

La ira, la rabia, la desesperación de Lex, fueron cediendo. Quedó inmóvil, incapaz de huir de aquellas caricias.

—Lex... Lex querido..., a veces te pones tonto y te apasionas como un crío.

—Soy un hombre, Marie. Pero no sé si te hago feliz.

—Me haces. Intensamente feliz.

—¿Así?

—Yo te adoro, Lex. ¿No lo sabes? ¿Quieres que te diga lo que recuerdo muchas veces?

Tenía el rostro casi sobre el pecho de Lex, y él, como muerto, levantaba una mano y le acariciaba el pelo. Miraba al frente, pero estaba seguro de no ver nada. Solo la sentía a ella, suave y tierna, reclinada en su pecho, con las dos manos perdidas en su rostro y en su pelo y en su boca.

—¿Sabes lo que evoco muchas veces, Lex? Aquellas seis noches en el motel... ¿Iremos un día, Lex? ¿Volveremos?

«Llamaré a Albert... Le diré... Esta misma noche. No puedo continuar así. Y no diré adonde voy, porque no seré capaz de sentir el asombro de sus ojos, y si ya lo sabe..., si ya lo sabe..., me sentiré el más humillado de los hombres».

Marie, ajena a sus pensamientos, le besaba en la boca lentamente. Despacio, como él la enseñó. Una y otra vez, apartándose y volviendo a prender sus labios voluptuosamente en la boca masculina, con inefable ternura.

Por eso no pudo soportar aquellos besos. No fue capaz de mantenerse allí, recibiendo tanto sin dar nada. Sin poder dar nada.

La apartó sin violencia y sonrió. De ese modo estúpido que sonrío la gente alguna vez, cuando no tiene nada que decir.

—Me..., me vas a pegar tu catarro, Marie querida.

Ella enrojeció.

—¡Oh! Es... verdad, Lex. Perdóname...

* * *

—Ven inmediatamente —dijo la voz resuelta de Albert Stone—. Tengo que ponerte a un tratamiento más efectivo. Te internaré en mi clínica.

—¿Qué le digo?

—¿No faltaste ya un mes de tu casa, sin dar explicaciones?

—Pero la adoro y sé que va a sufrir.

—No sufrirá si, como supones, lo sabe todo. Ven ahora mismo. Monta en tu auto. Te doy mi palabra dé que en quince días eres hombre nuevo. Pero tienes que ayudarme. Ni una gota de alcohol.

—Me muero de ansiedad, Al —confesó con desesperación—. Me cuesta como nada me costó en la vida, pero paso sin él. Varias veces estuve tentado...

—No. Tienes que huir de esa tentación.

—Iré ahora mismo, Al. Se lo diré a ella. Buscaré un pretexto.

—Que Marie aceptará de buen grado, si sabe lo que te ocurre.

—Hasta mañana, Al.

—Suerte, muchacho.

Colgó.

No se dio cuenta de qué tras el cortinón que separaba la salita del despacho, estaba ella, oyéndolo todo.

No la vio huir y correr hacia su habitación.

Cuando Lex entró, aparentemente sereno, ella pulía las uñas con cierta precipitación que pasó inadvertida para Lex.

—Marie...

—Sí. Oh, estás aquí...

Se puso en pie y fue a su lado.

Lex la sujetó por los hombros.

Ella vestía una falda oscura y una blusa escocesa por fuera de la falda, abierta por ambos lados. Estaba descalza y llevaba el cabello trenzado hacia un lado.

—¿Ocurre algo, Lex? Pareces un conspirador.

Y al mismo tiempo pensó:

«Si me viera Romy y supiera lo que hago, se sentiría orgullosa de mí».

—Tengo que salir de viaje, Marie.

—Oh. ¿Ahora?

—En este instante. Voy a Detroit... por asuntos de la oficina. Quizá tarde veinte días o un mes en volver... Te molesta mucho quedar sola, ¿verdad, cariño?

Ella se colgó de su cuello con esa suavidad juvenil de la muchacha un poco ingenua que cree todo lo que el marido dice.

—Permíteme que si no vienes en veinte días... vaya yo a buscarte.

—Permíteme, te pido yo a mi vez, no ir a Detroit a la dirección que te dejaré, entretanto yo no te llame.

—¿Y si... no me llamas...?

—Marie —gimió él, buscando sus labios con ansiedad—. ¿Cómo puedes suponer eso? ¿No sabes que no volveré a beber? ¿Qué no jugaré más? ¿Qué para mí solo existes tú?

—Esperaré a que me llames, Lex —susurró diciéndolo en su boca—. Ahora mismo..., ahora mismo... te prepararé el equipaje.

—Un traje tan solo, Marie, vida mía... Y cuatro pijamas.

No preguntó por qué, y él comprendió que sabía, o si no lo sabía con certeza, intuía adonde iba.

La soltó y la vio proceder a llenar la maleta.

—La máquina de afeitar. Los cepillos de dientes. Tu loción, tu tabaco...

Lo tenía tras ella mientras iba enumerando. Se inclinó él sobre su garganta y la besó largamente.

—Marie..., siempre pensé que me casaba con una chiquilla demasiado joven —susurró sin soltarla—, y después me di cuenta de que eres una mujer madura, consciente de sus deberes.

Marie dio la vuelta en sus brazos.

Se le quedó mirando largamente. Tenía unos ojazos verdes inmensos y al mirar a Lex destilaban una dulzura indescriptible.

Así como estaba, alzó los brazos. Uno lo dejó preso en torno al cuello masculino y el otro se quedó apoyado en el pecho de Lex. Sus dedos le demarcaron todas las facciones, y después, de súbito, se apretó contra él.

—Lláname pronto, Lex, amor mío... Pronto. Por favor..., muy pronto.

—Sí, sí, Marie, mi vida, sí —dijo él ahogadamente.

Y después, como si tuviera miedo a quedarse a su lado más tiempo, asió la maleta y salió casi precipitadamente.

* * *

Un día, dos, seis, veinte, un mes...

Los contaba en aquel instante, por centésima vez.

Había en su voz, al hacerlo, como un ahogo agónico.

—¿Y si no vuelve, Romy? ¿Y si no vuelve? Me moriré de dolor.

—Me has llamado para preguntarme qué haría yo en tu lugar. ¿Quieres saberlo? Tomar el tren y marcharme a Detroit ahora mismo. La oficina acaba de llamar por segunda vez en esta semana. Dicen que le necesitan allí urgentemente. Que le dieron veinte días de permiso y que no ha vuelto aún después de un mes. Tienes un buen pretexto, Marie.

—¿Y si le ofendo..., le humillo, o le amargo...?

—Una esposa enamorada como tú, consciente de sus deberes, jamás puede amargar ni ofender. En aquel instante apareció Nancy en la alcoba. Parecía radiante.

—Señorita Marie —dijo, como si su voz fueran campanas de plata—. El señor está al teléfono.

—¿El... señor?

—Sí, sí, señorita.

—¡Oh!

Y como una loca desquiciada, echó a correr. Se colgó del teléfono como si su vida dependiera de aquella llamada.

—Lex, Lex —gimió—. ¡Oh, Lex...!

—Gatita..., pero gatita... ¿qué te pasa?

¿No era la misma voz del Lex del motel? ¿No era el Lex que le enseñó lo que era el amor? El que la asió de la mano y la llevó por aquel camino...

Respiró hondo.

Temió equivocarse.

—Lex... ¿eres tú?

—Sí, gatita. ¿Sabes dónde te espero? ¿A que no lo adivinas? Acabo de resolver un asunto peliagudo en la oficina. Lo resolví desde aquí. Mister Bacher me da quince días de vacaciones, y no pienso pasarlos en casa. ¿Qué te parece si iniciáramos nuestra segunda luna de miel?

—Lex... ¡Oh, Lex!

—¿Pero no sabes decir más que eso, gatita?

Ni siquiera oyó entrar a Romy.

No podía en aquel instante prestar atención más que a lo que decía Lex.

—Lex querido..., ¿dónde me esperas?

—Quiero que lo adivines.

—No me digas que... que... en el motel.

—Ahí mismo. Te llamo desde este lugar. El número... ¿lo recuerdas, gatita?

—Treinta y tres —dijo ella en un susurro:

—¿Lo ves? Ninguno de los dos podemos olvidarlo. Ven pronto. Un taxi te traerá en menos de dos horas. Son las siete. A las nueve en punto te espero. Hasta luego, gatita.

Colgó.

Ella tardó en hacerlo. Tenía los ojos agrandados por la ansiedad, y el corazón le bailaba, agitando sus senos y su pecho.

—Romy...

—Oh —rio esta—. No me digas nada. Lo adivino todo. Prepara tus cosas. Sal inmediatamente.

—Romy, Romy... Dime, dime...

—No —cortó Romy, como si adivinara sus palabras—. No lo digas jamás. Jamás te acuerdes de esa pequeña laguna de agua fangosa que enturbió vuestras vidas. Ahora yo creo en Lex... Ya no puedo dejar de creer en él. Ve pronto, Marie. Una mujer debe correr a la llamada de su marido.

—Te estás burlando de mí.

—No —dijo Romy, profundamente emocionada—. No podría burlarme de algo tan emotivo..., tan humano a la vez y tan natural. Anda, corre. Yo te ayudaré a hacer la maleta...

Lloraba Marie. Lloraba sin dejar de hablar atropelladamente.

—Comprende —decía como una tonta—. Comprende... No es por mí... Es por él. Yo lo quería, tanto, de tal manera..., que vivir a su lado ya es para mí una ventura...

—Sí, sí, gatita.

—¡Oh, Romy!

Romy reía y lloraba como ella.

Y ambas hacían la maleta atropelladamente.

* * *

Descendió del taxi allí mismo.

Le vio erguido, firme, como antes, con aquellos ojos profundos, llenos de ansiedades. Al verle a su lado y sentir el calor de su mano en sus dedos, apretó estos. Los apretó mudamente, con desesperación y ansiedad al mismo tiempo.

—Estás helada —dijo él quedamente.

Y al hablar pagaba al taxista y la empujaba a ella hacia el calor íntimo del motel.

Ya estaba dentro, como aquel día, y ya él, silenciosamente, le quitaba el abrigo y luego la chaqueta y después los zapatos. Sin dejar de hablar, sin dejar de mirarla con ternura.

—Estás helada —repetía, como si no supiera decir otra cosa.

Y frotaba con sus dedos los pies pequeños.

Ella parpadeaba, como aquella vez, y sus labios temblaban y sus manos se enredaban en el cabello negro de Lex, mientras él seguía frotándole los pies.

Y después cayó junto a ella. Marie perdió un poco su timidez, surgida nuevamente ante aquel hombre que creía perdido.

Le pasó los brazos por el cuello, y ladeada sobre él, buscó su boca. Y le besó así, largamente.

—Tengo que decirte, Marie... Tengo que decirte dónde estuve..., lo que hice...

No. Que no dijera nada.

Ella no quería saber.

Le tapaba la boca cuando él hablaba, con la suya, o con los dedos.

Y él la miraba ansiosamente.

—Es que... tengo que decírtelo.

—No..., no quiero.

—Marie...

—Estamos en el motel... como aquel día...

Él ya lo sabía. La sentía como entonces y se embriagaba de ella, de su perfume, de sus besos, de su pasión, de su ternura...

Horas. Muchas horas...

Y como aquella vez, ella decía:

—Nos..., nos iremos hoy...

—No, no... Imposible.

—Pero, Lex...

—¿No quieres?

¡Oh, sí, quería! Quería seguir emborrachándose de amor, de Lex, de aquella soledad maravillosa.

—Di... ¿No quieres?

Se arrebujaba contra él. Y sofocada, ardiente, como ella era a su lado, decía en su boca, bajísimo:

—Quiero, quiero, quiero...

Y se quedaba allí, y todo lo demás no tenía ninguna importancia...



MARÍA DEL SOCORRO TELLADO LÓPEZ (El Franco, Asturias, 1927 - Gijón, 2009). Mas conocida como Corín Tellado, fue una escritora española de más de 4000 novelas románticas entre 1946 y 2009.

Corín Tellado es La autora más famosa de la literatura popular española. Publicó unos 4000 títulos vendiendo más de 400 000 000 ejemplares de sus novelas, algunas de las cuales fueron traducidas a 27 idiomas y llevadas al cine, radio y televisión. Figura en el Libro Guinness de Récords 1994 (edición española) como la autora más vendida en lengua castellana. Escribió casi exclusivamente novela rosa, pero también fotonovelas. En un principio trabajó en exclusiva para la Editorial Bruguera. Sus obras tuvieron un éxito especial en Latinoamérica, donde impulsaron la creación de la telenovela y el serial televisivo.

Al contrario que otras novelas europeas del género rosa, las novelas de Corín Tellado transcurren en la actualidad y no en escenarios exóticos o en otras épocas. De ahí su gran poder para identificarse con sus contemporáneas. Las últimas, sin embargo, utilizan personajes de alta posición social. La clave de todo es la temperatura sentimental: sus personajes suelen ser, aunque no siempre, gente que tiene el dinero en bruto, pero que valora con una ingenuidad nada neoliberal los sentimientos. La propia autora afirma que su estilo se perfiló gracias a la censura de la España franquista, que expurgó sus novelas de forma inmisericorde; además, todas terminaban inevitablemente en boda: «Algunas novelas venían con tantos subrayados que apenas quedaba letra en negro. Me enseñaron a insinuar, a sugerir más que a mostrar». Hubo ocasiones en que la censura le llegó a rechazar cuatro novelas en un mes.

El fuerte de Corín Tellado, aparte de su gran facilidad para desarrollar argumentos interesantes, es el análisis de los sentimientos. La descripción en sus novelas es mínima y el estilo es directo. Al

momento de su deceso su literatura había evolucionado con los tiempos, sabiendo reflejar la realidad social contemporánea.



Te
ayudaré
siempre

se

Corín
Tellado